

La historia hoy: ¿Memoria o pasado silenciado?*

Mauricio Archila Neira

La historia es la vida de la memoria (vita memoriae)

Cicerón¹

Resumen. La necesaria pero compleja relación entre memoria e historia sirve como telón de fondo para reflexionar sobre la situación actual de la disciplina en el país, signada por los intentos de distintos poderes por “silenciar el pasado”. Los más notorios intentos son el presentismo que permea a nuestra sociedad y el radical cuestionamiento a la posibilidad de conocer el pasado en aras de desechar el objetivismo. El ensayo concluye con un llamado a renovar el papel del historiador, oficio necesario en toda sociedad humana, pero más en la nuestra que arriesga continuamente a hacer “borrón y cuenta nueva”.

Palabras clave: historia, memoria, historiografía, oficio del historiador.

Esta simple sentencia de uno de los pensadores de la antigüedad clásica, que reproduce lo que convencionalmente se ha entendido sobre las relaciones entre historia y memoria, es más problemática de lo

que aparece. Ante todo, la memoria es el mecanismo que usamos los seres humanos para traer al presente los sucesos pasados que han sido significativos individual y colectivamente. Ella, sin embargo, no es algo

* Lección inaugural del Doctorado en Historia en la Universidad Nacional, Sede Medellín, dictada el 27 de agosto de 2003.

1. Citado por Peter Burke, *Varieties of Cultural History*, Ithaca, Cornell University, 1997, p. 43 (existe versión en español).

inmutable y objetivo, por lo que se puede decir que está en permanente construcción. La gente recuerda individualmente, señala Peter Burke, pero son los grupos sociales los que determinan lo que es memorable colectivamente.² Los historiadores no son los únicos que alimentan la memoria, gran papel cabe a los medios masivos de comunicación y a los poderes dominantes. Además ella siempre es selectiva, resalta unos hechos mientras oculta otros y, en cualquier caso, procesa el pasado en forma tal que nunca lo entrega tal como ocurrió. Está también la cuestión del olvido, materia que interesa a los historiadores tanto como el recuerdo.

Llegamos así al tema que nos interesa destacar en esta conferencia inaugural: la relación entre la tríada pasado-memoria-historia con los poderes de la sociedad presente.³ Por ello, en la pregunta sobre el estado de la disciplina hoy en Colombia no contraponemos memoria a olvido —asunto que deriva en rumbos psicoanalíticos que escapan de los límites de esta presentación—,

sino a pasado silenciado. Por donde se mire, desde el pensamiento moderno o posmoderno, el asunto del poder en la historia es inevitable. Ya Eric Hobsbawm ha denunciado brillantemente el uso y abuso del pasado para legitimar los poderes del presente. A propósito de la amenaza que esta práctica pone sobre la disciplina, no se cansa de repetir: “[...] la historia es la materia prima de las ideologías nacionalistas o fundamentalistas [...] El pasado es un elemento esencial, quizás el elemento esencial de estas ideologías. Si no existe un pasado adecuado, siempre se puede inventar”.⁴ De ahí su permanente llamado a criticar las manipulaciones de la historia, de las que nadie está exento. No es tanto que los historiadores busquen siempre una burda legitimación del presente, sino que es difícil distinguir entre los acontecimientos del ayer —la historia como *res gestae*— y los conocimientos que hoy producimos sobre lo que ocurrió —historia *rerum gestarum*—. No sólo la reconstrucción del pasado se elabora desde sucesivos presentes, sino que los actores históricos siempre son narradores de sus acontecimientos y, a la vez, los narradores o historiadores suelen ser actores de su momento.⁵

2. *Ibid.*, p. 44.

3. El historiador norteamericano David Lowenthal señala: “La primera función de la memoria [...] no es preservar el pasado sino adaptarlo para enriquecer y manipular el presente”, *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University, 1985, p. 210. Algo similar opina Burke a propósito de la censura histórica, *Varieties...*, *Op. cit.*, pp. 56-59.

4. Eric Hobsbawm, “La historia de nuevo amenazada”, en: *El Viejo Topo*, febrero de 1994, p. 77.

5. Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past*, Boston, Beacon Press, 1995, p. 22.

Estos dilemas nos llevan de nuevo a la frase inicial de Cicerón: la memoria, en cuanto conciencia de algo que pasó, marca la diferencia que los seres humanos hacemos entre el pasado y el presente. Así lo han formulado los historiadores desde la antigüedad clásica, aunque sea más evidente a partir del siglo XVIII. A este recorrido le dedicaremos la primera sección de esta presentación. En seguida abordaremos someramente la situación de la disciplina en la Colombia de hoy. Por último destacaremos los riesgos principales de lo que llamamos los intentos de "silenciar el pasado", para concluir con un llamado a renovar el oficio del historiador, tan necesario en toda sociedad, pero en especial en la nuestra, que se arriesga continuamente a hacer "borrón y cuenta nueva".

1. Memoria e historia

Los seres humanos pueden diferenciar pasado de presente, pero no siempre han sido conscientes de ese acto fundamental. Tal vez esa era la intención de los artistas rupestres cuando dibujaban escenas cotidianas en las paredes de sus refugios. Con el tiempo los recuerdos, transmitidos principalmente por medios orales, se plasmaron en jeroglíficos e ideogramas y luego en la escritura. Lenguaje y recuerdo están atados desde tiempos anti-

guos, aunque también concurrían otros medios de memoria como la arquitectura, los monumentos y las artes en general. Por lo común la función de memorizar era la de elaborar una representación mítica del pasado en la que la religión jugó un papel legitimador. Así, por ejemplo, la Biblia recoge la tradición de un pueblo monoteísta, formado por unos esclavos huidos de Egipto hacia el siglo XII antes de Cristo. Los primeros libros (Reyes y Crónicas) se escriben cuatro o cinco siglos después de dicho acontecimiento fundador y reflejan la cotidianidad de ese pueblo.⁶ Otros libros escritos posteriormente como el Levítico, los Números y el Deuteronomio, establecen la armazón jurídica de esa comunidad. A su vez el Génesis y el Éxodo, también redactados tiempo después, buscan legitimar la existencia de dicho pueblo al imaginar sus orígenes.⁷ En la búsqueda de raíces se apoyaron en mitos que circulaban por el Oriente medio como el famoso Enuma Elish de los sumerios. Allí se habla de una fuerza divina que ordena el caos creado por las aguas desbordadas, se-

6. Para esta sección nos apoyamos en los apuntes de clase del padre Gustavo Baena en la Universidad Javeriana, en el año de 1972.

7. Esos cinco libros, que conforman el Pentateuco, se colocan al inicio de la Biblia no porque sean los más antiguos, sino porque son fundamentales para la existencia del pueblo judío.

guramente como ocurría con el Tigris y el Éufrates de la época. Pero hay otras interpretaciones de la creación que se incorporan en el Génesis, lo que muestra la riqueza narrativa del texto y en general de la Biblia.

Me he detenido en el análisis de la Biblia no sólo porque sea el libro más leído de Occidente, sino porque encierra una enseñanza historiográfica de reconstrucción —intencionada como todas— de la memoria. Sobre un hecho original —el éxodo de Egipto— se hace una invención del pasado. Además, lejos de ser un libro uniforme y continuo, fue escrito en sucesivos presentes y por muchas manos. La historia de un pueblo, procesada por sacerdotes y gobernantes, se plasma allí en forma mítica.

Serán los griegos quienes den el paso de la crítica al mito religioso y pongan las bases del pensamiento científico. Y allí están los padres de la historia, como Tucídides y Heródoto, quienes se proponían “investigar” los hechos como ocurrieron, así no hubieran estado presentes en ellos.⁸ Se traza por primera vez la diferencia entre acontecimiento y conocimiento, entre hechos e investigación. Comienza a aflorar la idea de reconstruir fidedignamente el

pasado con base en una memoria sometida a escrutinio crítico. Posteriormente el cristianismo formulará, en cabeza de San Agustín, el problema del sentido de la historia, aunque en una forma providencialista en la que el verdadero actor no era la humanidad sino Dios. Fue también él quien planteó claramente la existencia de una historia con pretensiones universales, aunque evidentemente centrada en lo que ocurría en Occidente. Surgen así las dos vertientes que alimentarán a la disciplina en el futuro: la crónica y la filosofía de la historia. Bien se sabe que durante la Edad Media convivían en tensión dos tradiciones: la filosófica, agenciada por la Iglesia, y la épica, recreada por los caballeros. La lucha entre las dos espadas, la religiosa y la civil, o entre la ciudad divina y la terrenal, se reflejaba también en el oficio del historiador. Como en otra oportunidad lo expresé, era un momento en que los historiadores, como los alquimistas, integraban arte y ciencia, narración y especulación.⁹ Pero todavía pasado y presente se confundían en el cuerpo común de la historia entendida como devenir de la humanidad.

Con la Ilustración se da el paso fundamental de secularizar la histo-

8. Puntos abordados por Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 20-23.

9. “El historiador ¿o la alquimia del pasado?”, en: *Pensar el pasado*, Carlos Miguel Ortiz y Bernardo Tovar (editores), Bogotá, Archivo General de la Nación-Universidad Nacional, 1997.

ria y hacer consciente que la memoria es el punto de inflexión entre lo ocurrido ayer y lo que sucede hoy. Esto marca una nueva percepción del cambio histórico. Así lo expresó Diderot: "Nosotros somos nosotros mismos, siempre nosotros, pero no por un minuto los mismos".¹⁰

El acontecimiento de la Revolución Francesa no sólo significará el advenimiento de la sociedad moderna, sino que marcará el derrotero temático de la nueva disciplina: la construcción del Estado nación. La memoria del pasado será reinterpretada a partir de ese acontecimiento y de la búsqueda política que de él se deriva. La nueva era Moderna también exigía la ruptura con una épica que pecaba de ingenuidad narrativa y con una filosofía de la historia que respiraba especulación providencialista. Esa fue la tarea que emprendió la escuela alemana en el siglo XIX liderada por Leopoldo Von Ranke, a quien erradamente se le atribuye la expresión de "mostrar lo que realmente ocurrió" cuando en realidad postuló "mostrar lo que esencialmente fue".¹¹ También él sentó las bases

de la disciplina al insistir en que el pasado no podía ser juzgado desde el presente sino en su propio horizonte comprensivo, y al proponer los métodos de crítica a las fuentes apoyados en la filología, disciplina de la que provenía.¹²

Por tanto, el modelo de ciencia en el que nace la historia es el positivismo, que postula la correspondencia entre acontecimiento y conocimiento, entre hechos y narración.¹³ Así la pretensión de objetivismo entró de lleno en la disciplina. En su afán de deslindar campos con la filosofía de la historia, la escuela alemana adoptó una rigidez empírica que puso bajo sospecha toda interpretación teórica del pasado. A su vez intentaba superar la inmediatez de la crónica proponiendo una causalidad entroncada con la construcción del Estado nación. Los temas privilegiados por la flamante disciplina eran los de una historia política vista desde arriba. Simultáneamente la disciplina se abrió paso en el concierto de las nascentes ciencias sociales al enfatizar su supuesto carácter ideográfico en contraste con las disciplinas nomotéticas como la sociología y la economía. A otras, como la geografía, les asig-

10. Citado por Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, Op. cit., p. 199.

11. Aclaración hecha por Richard J. Evans, *In Defense of History*, Nueva York, Norton, 2000, p. 14. Se supera así la acusación de burdo positivismo que se le ha endilgado, pues su propuesta implica interpretación y no mero calco de los hechos pasados.

12. *Ibíd.*, p. 15.

13. Estos aspectos fueron analizados en mi ensayo "¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) historia cultural", en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (26), Bogotá, 1999.

nó el secundario papel de "auxiliar" de la historia.¹⁴

Contra este modelo positivista y aislacionista de la historia se levantaron los fundadores de la revista *Annales* en 1929, Lucien Febvre y Marc Bloch. La referencia a una historia económica y social indica los nuevos rumbos propuestos para la investigación, así como una intención de acercarse a otras ciencias sociales. En esta tarea encontrarían apoyo en los intelectuales marxistas de la segunda posguerra. Surge así la propuesta de una Nueva Historia que intentaba trascender la reconstrucción del pasado centrada en los eventos aislados para formular una interpretación desde problemas en los que las continuidades pesan tanto como las rupturas. La disciplina adopta métodos y conceptos de las ciencias sociales y, para salirle al paso a su desaparición, enfatiza su carácter de síntesis proponiendo la tarea de una historia total. De esta forma desecha la versión tradicional de una política de elites, para abrirse al mundo social e incorporar más voces en la reconstrucción del pasado. Aunque con menos ingenuidad que su antecesora, la Nueva Historia todavía comparte la pretensión de conocimiento objetivo y la idea de progreso. En los años sesenta y setenta del siglo xx la historia social pasó de ser la "cenicien-

ta" a convertirse en la "princesa", en el decir de Julián Casanova.¹⁵

Sin embargo, a partir de los años ochenta las cosas comienzan a cambiar por distintos factores. La caída del socialismo real arrastra consigo no sólo al marxismo sino a los llamados metarrelatos. Se sospecha de toda teoría que postule alguna causalidad histórica y peor si ésta es económica. La dimensión cultural irrumpe como el eje de la reconstrucción del pasado. El modelo eurocéntrico de ciencia y su correlato, la idea occidental de progreso, son puestos en entredicho. Se habla del "fin de la historia" en tanto sentido teleológico de la humanidad, aunque no falta quien elabore un nuevo canto al liberalismo en aras de dicho fin.¹⁶ Los procesos de globalización creciente arrojan nuevos actores en el escenario mundial que exigen relecturas de su papel histórico.

Esos dramáticos cambios requieren nuevos modelos teóricos que de alguna forma se plasman en el llamado posmodernismo.¹⁷ En cuan-

15. *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991.

16. Nos referimos a la diferencia entre el relato liberal de Francis Fukuyama y la llamada poshistoria, como señalamos en el mencionado artículo "¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?", *Op. cit.*, pp. 266-268.

17. Para Perry Anderson, quien se apoya en Frederic Jameson, el posmodernismo es el pensamiento del capitalismo tardío, Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000.

14. Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, Madrid, Siglo xxi, 1996.

to a la historia, el “giro lingüístico” no es solamente un cuestionamiento temático o teórico, es principalmente epistemológico. Apunta a los fundamentos mismos de la disciplina al interrogarse sobre las posibilidades de conocer el pasado. Si de éste sólo quedan representaciones, imágenes, textos o discursos, el oficio del historiador deja de ser referido a los hechos para convertirse en una reflexión sobre el lenguaje o, cuando más, a una forma diferente de ficción. En algunos casos incluso interesa estudiar más la comunidad de historiadores que la reconstrucción de lo ocurrido. La distinción que con tanto esfuerzo se había labrado entre el ayer y el hoy vuelve a quedar en entredicho, como vamos a ver más adelante.

Estos cuestionamientos han llegado a Colombia con cierto rezago y sin que ocupen al grueso de los profesionales de la historia. Pero aquí implican nuevos retos de los que nos ocuparemos a continuación.

2. Necesidad de explicar el presente

En un encuentro de directores de unidades académicas y de programas curriculares de historia llevado a cabo aquí en Medellín en octubre de 2000, convocado por los colegas de la Universidad de Antioquia,

constatábamos entre sorprendidos y entusiasmados algunos indicios de lo que podría ser un “boom” de la profesión. A los datos ya conocidos que muestran a la disciplina como la rama de las ciencias sociales que más oficializa investigaciones y con mayor índice de publicaciones, se les agregaron informes sobre el aumento de cupos en nuestras carreras y la masiva asistencia a los eventos que convocamos. Claro que inmediatamente balanceamos el optimismo al advertir que muchas investigaciones siguen siendo artesanales y sin suficiente financiación; que hay montones de informes finales y manuscritos sin publicar, especialmente monografías de pregrado y tesis de posgrado; que los indicadores de admisión y de permanencia en nuestras carreras siguen por debajo de otras disciplinas sociales; y, más preocupante aún, que muchos de nuestros egresados no logran conseguir posiciones laborales acordes con los conocimientos adquiridos y los costos invertidos. Con todo, llamaba la atención el relativo “boom” de la profesión, que es muy temprano calificar de coyuntural o duradero.

La explicación de dicho fenómeno trasciende el publicitado “cambio de milenio”, aunque no dejan de ser significativas las aparentes similitudes entre la transición del siglo XIX al XX y la de éste al XXI. Resulta más que curioso que en ambas co-

yunturas afrontemos una guerra, menos abierta y unificada la de ahora que la de los mil días, y que tengamos la amenaza militar de la potencia del norte en el manejo de nuestros destinos, ayer en Panamá hoy en las zonas de cultivos ilícitos. O en forma menos episódica, se puede trazar un parangón entre la crisis de productos extractivos como el tabaco o la quina y el inicio de la caficultura a fines del *xix*, con la crisis de ésta y el crecimiento de cultivos de exportación, legales e ilegales, a comienzos del *siglo xxi*. En cualquier caso parecemos seguir condenados a ser un país productor de materias extractivas para comprar las procesadas.

Es obvio —y más para un público de historiadores— que en un siglo han ocurrido en Colombia profundas transformaciones. Sobre ellas no me voy a extender, pero baste señalar los cambios demográficos —de un país rural se pasó a uno urbano—, económicos —el surgimiento de la industria así sea de bienes de consumo no durables—, secularización creciente de la cultura e importantes cambios científicos, para no hablar de la irrupción de nuevos sectores sociales que demandan incorporación ciudadana. En contraste con esos cambios, la distribución del ingreso no ha mejorado, siguen brillando por su ausencia reformas de fondo en el campo y la ciudad, y la violencia política se ha degradado hasta

el punto de producir una dramática crisis humanitaria, única en el continente.

Es precisamente la dificultad de entender esos contrastes del presente lo que puede motivar a muchos jóvenes a buscar su explicación en el pasado. Esto marca también las preguntas que hoy nos formulamos y por ello no extraña que resalten investigaciones históricas sobre la violencia, las guerras y la paz; la construcción de nación y la participación ciudadana; el papel de nuevos actores como las mujeres y las minorías étnicas; los avatares de los modelos económicos; la trayectoria de las ciencias, incluida la enseñanza de la historia, la religión, las artes y de la cultura en general.

Es cierto que se han modificado los enfoques y las temáticas, pues hay menos peso de la pesquisa económica y mayor preocupación por la cultural. Se percibe también un relativo sobrepeso de temas contemporáneos en detrimento de aquellos del *siglo xix* y de la colonia, para no hablar de los siempre descuidados sobre los tiempos precolombinos o sobre las áreas latinoamericana y mundial.

En cuanto a la valoración de estas tendencias contrastan los balances realizados a comienzos de los noventa con los más recientes. Germán Colmenares, poco antes de su muerte, hablaba con optimismo de una maduración de la profesión des-

de los años sesenta e incluso sugería que “ha adaptado con éxito a nuestras propias circunstancias, paradigmas europeos y anglosajones de investigación”.¹⁸ Más complejo fue el balance historiográfico que realizó un grupo de profesores de la Universidad Nacional, sede Bogotá, a comienzos de los noventa.¹⁹ A pesar de la desigualdad de enfoques coincidíamos en una ponderación positiva de la producción histórica, aunque señalábamos cierta banalización del pasado, la incorporación acrítica de modas teóricas producidas en los países centrales, el provincialismo de la investigación histórica y el riesgo de la fragmentación de la disciplina. Jesús Antonio Bejarano fue más pesimista ante los rumbos que estaba tomando la disciplina en los últimos tiempos.²⁰ Su perplejidad radicaba en que, a su juicio, estábamos abandonando las teorías explicativas para abrazar modas posmodernas, en las que incluía indiscriminadamente estudios sobre las mentalidades, con lecturas pos-

estructurales y otras propias del giro lingüístico como tal. Además del molesto tono paternalista de ese ensayo, que ya criticamos en su momento, no parece justo generalizar una pérdida de orientación en la disciplina.²¹ Los trabajos que han tenido más repercusión en ella en los últimos tiempos no son propiamente los que indagan sobre la distribución de los muebles en la sala de las casas del siglo XIX o los menús de la cocina colonial criolla. La reflexión de Bejarano fue importante, en especial en el campo que manejaba con propiedad —la historia económica—, pero la receta que nos ofrecía ignoraba la riqueza del desafío posmoderno y parecía ser más de lo mismo.

El tono pesimista y paternal es más sorprendente en Jorge Orlando Melo por ser un historiador más cercano a los avatares de la disciplina. Llama la atención la siguiente frase, extraída de las conclusiones de su balance bibliográfico sobre la producción histórica en los años noventa:

Aunque se siguen escribiendo muy buenos libros de historia, son obra de autores con una larga carrera académica. Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen

18. Germán Colmenares, “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia”, en: Varios, *Ciencias sociales en Colombia*, 1991, Bogotá, Colciencias, 1992, p. 256.

19. Bernardo Tovar (compilador), *Historia al final del milenio*, Bogotá, Universidad Nacional, 1994.

20. Jesús Antonio Bejarano, “Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (24), Bogotá, 1997, pp. 283-329.

21. Véase el citado ensayo “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, que intentó ser una respuesta al ensayo de Bejarano, sin que él la pudiera conocer por haber sido asesinado en 1999.

estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia y alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país.²²

Sin duda Melo señala riesgos centrales en la disciplina, consistentes en la pérdida de relevancia de ciertos temas investigativos y en el descuido por los problemas centrales de nuestro pasado. Si dejamos de lado el incómodo juicio sobre lo que es bueno o malo en historia, subsiste el problema de un equivocado diagnóstico generacional. No son sólo los jóvenes, ni son todos ellos, quienes se dejan atraer por los cantos de sirena del posmodernismo, del que Melo no precisa su contenido y por tanto su real amenaza a la profesión. Además no se puede igualar el giro lingüístico a la banalización temática, y menos descalificarlo como una simple moda. A nosotros también nos preocupa el posmodernismo, no tanto porque ejerza atracción sobre los jóvenes que se están formando —cosa discutible—, sino por las consecuencias teóricas y epistemológicas que tiene sobre la disciplina, punto que esbozaremos en la siguiente sección.

22. Jorge Orlando Melo, "De la nueva historia a la historia fragmentada", en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, xxxvi, (50-51), Bogotá, 1999, p. 184.

Por ahora baste decir que, a nuestro juicio, el peligro de la atracción de los cantos de sirena para los historiadores radica en los usos y abusos del pasado, y, en últimas, en la relación de la disciplina con los poderes del presente. No voy a abundar en la crítica de los viejos historiadores, por lo común varones ilustres que en sus años de retiro escribían monumentales obras de exaltación de las élites a las que pertenecían. Tampoco me explayaré en los llamados "revisionistas", que proponían renovadas historias partidistas desde nuevas épicas populares.²³ Más bien me pregunto por el legado crítico de la "nueva historia" colombiana. ¿Qué ha pasado con ella, además de envejecerse, como dijo socarronamente en alguna ocasión Miguel Urrutia? No es mi propósito realizar hoy este balance sin el cual no se comprendería cabalmente la trayectoria de la disciplina en el país, sino dar unas puntadas para profundizar en el futuro.

No se trata de hacer un juicio moral, ni menos un ataque personal a connotados colegas, sino de preguntarse en qué quedó la renova-

23. Punto tocado por Bernardo Tovar, en: *La colonia en la historiografía colombiana*, Bogotá, La Carreta, 1984, pp. 148-167, y que amplió en un balance de la obra de Indalecio Liévano Aguirre que será publicado por el Instituto Pensar de la Universidad Javeriana en una obra sobre pensadores colombianos del siglo xx.

ción que prometía la “nueva historia” y cuál es su relación con los poderes macro y micro de nuestra sociedad. Si sobre lo primero tenemos muchos puntos positivos que señalar, pues gran parte de lo que es hoy la profesión se debe a ella, sobre lo segundo la respuesta es más difícil. En la eventual pérdida de una dimensión crítica ¿no habrá cantos de sirena más poderosos que las modas supuestamente incorporadas por nuestros estudiantes? La pregunta debe resolverse desde un juicioso balance de la historia de la disciplina y de sus más destacados exponentes, en el contexto de la evolución de la intelectualidad en el país.²⁴ Por esa vía llegaríamos a reflexiones similares a las que Gabriel García Márquez postula para el continente:

En América Latina existe una relación especial entre los intelectuales y el poder político. El Estado y los poderes nos necesitan tanto como nos temen. Nos necesitan porque les damos el prestigio de que carecen, y nos temen porque nuestros sentimientos y posturas pueden perjudicarlos [...] No es de extrañar, por tanto —y esto es lo fascinante—, que el Estado procurara seducir tanto a los in-

telectuales. En estas circunstancias, no siempre se puede ser independiente.²⁵

3. Los intentos de silenciar el pasado

Llegamos así a la sección central de esta presentación que gira en torno a los riesgos que afronta la disciplina en un contexto como el colombiano. Me voy a concentrar en dos: el presentismo que permea nuestra sociedad y el cuestionamiento radical a la posibilidad de conocer el pasado.²⁶

25. Citado por Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994, p. 231.

26. Hay otros que no abordo para no alargar esta presentación. Uno de ellos, que hasta ahora se insinúa en el gremio de los historiadores, requiere urgente análisis en nuestro medio. Me refiero al impacto que tendrá para la profesión la era digital que vivimos crecientemente, en especial para la conservación de la memoria del presente. Roy Rosenzweig ha abierto la polémica en el contexto norteamericano. Según él, si bien el uso de la internet democratiza el saber y ahorra costos de edición y almacenamiento, pone desafíos a la práctica del historiador, pues modifica la noción de autenticidad de los documentos y la existencia física de las fuentes. Denuncia que no se está conservando lo que circula por la internet, y si se hace es bajo criterios de la empresa privada. Por eso llama la atención sobre el preocupante contraste entre la abundancia de información actual y el riesgo de su escasez futura, “Scarcity or Abundance? Preserving the Past in a Digital Era”, en: *The American Historical Review* (3), 108, Washington, junio de 2003, pp. 735-762.

24. En forma polémica Marco Palacios hizo algo de este estilo con relación a los economistas, “Saber es poder: el caso de los economistas colombianos”, en: *De populistas, mandarines y violencias*, Bogotá, Planeta, 2001, pp. 99-158.

Por eventos de todos conocidos, hoy en Colombia el gran tema es la guerra interna, pues ya no se habla tanto de la violencia como hace unos años. Es un fenómeno real, pero moldeado por los medios masivos de comunicación, entre otros “aparatos ideológicos” —como antes los designábamos—. Noche tras noche nos acostamos con imágenes de pequeñas poblaciones destruidas, puentes caídos, carros y hasta bicicletas bomba que estallan en las ciudades, torres de energía derribadas, oleoductos y pozos petroleros que arden durante días enteros, amén de innumerables secuestros y masacres. Con justa razón nos podemos preguntar ¿esa es la realidad? Por supuesto que no es toda ella. Cuando hablamos de que la realidad nos es presentada en forma parcial e incompleta, no nos referimos a los piadosos intentos de mostrar acciones de los “buenos” colombianos, como si los actores armados fueran *per se* “malos”. Mucho se habla hoy, siguiendo las teorías del Banco Mundial —ellas sí una peligrosa moda— que reducen la violencia a una economía del crimen asentada en los cultivos ilícitos, con lo que se pretende desconocer todo lo que suene a causas “objetivas” de nuestro conflicto interno.²⁷ Poco se dice

de la profunda inequidad social, del deterioro en la distribución del ingreso, de la ausencia histórica de una reforma agraria, de la seria destrucción del medio ambiente que amenaza la sostenibilidad de nuestra economía, de la precaria y desigual construcción del Estado nacional, de las limitaciones de nuestra democracia, de la ofensiva neoliberal que afecta los grandes servicios sociales como la salud y la educación, del gran vacío que ha dejado en nuestra sociedad el fracaso de una izquierda civilista, de la debilidad organizativa y escasa autonomía de nuestros actores sociales, o del peso de factores culturales y religiosos en la forma como los colombianos dirimimos los conflictos. Para salirle al paso a malentendidos no estoy recabando sobre el manido argumento de los grupos insurgentes por legitimar su acción armada en las carencias estructurales de nuestra sociedad.²⁸ Ni tampoco desconozco la viabilidad financiera que le ha dado a esos grupos la economía del narcotráfico. Pero reducir los actores armados —de izquierda o de derecha— a simples mafias y nuestro conflicto armado a una simple guerra por la droga no es un argumento serio y desconoce nuestra historia.

27. A este respecto véase el ensayo de Jorge Alberto Restrepo para la Fundación Ideas para la Paz, titulado “Análisis económico de los conflictos internos”, octubre de 2001.

28. Este intento de manipulación del pasado ha sido denunciado, entre otros, por Daniel Pecaut, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa Hoy, 2001.

El llamado a traspasar la “realidad” que moldean los medios masivos de comunicación y cultura, es ir más allá de su “discurso” para observar en las diferentes duraciones los contextos de estos textos.²⁹ Es romper con la insularidad que caracteriza a nuestra academia, que nos hace ver como un caso único sobre la faz de la tierra. Lo que postulamos no es una crítica a la historia del presente —mal podríamos hacerla si la practicamos—, sino un rechazo del inmediatismo de los medios masivos de comunicación, y de la falta de distancia espacial y temporal de la que nos habla Carlo Ginzburg.³⁰ El distanciamiento que postulaba el dramaturgo Bertold Brecht no es sólo una técnica teatral, es una actitud básica en el oficio del historiador, si se quiere entender el presente.

Ahora bien, la separación entre el ayer y el hoy ha sido sometida a un radical cuestionamiento, en lo que constituye el otro gran intento de silenciar la comprensión crítica del pasado. Ya en otra ocasión esbozamos los rasgos difusos de lo que se puede llamar el desafío

posmoderno.³¹ Hoy nos interesa destacar su sospecha sobre la posibilidad de conocer el pasado bajo el manto de la crítica a la pretensión de objetividad.

Como señala en forma lúcida el historiador español Miguel Cabrera, lo que se resquebrajó a finales del siglo xx fue la tradicional correspondencia de la ciencia positiva entre realidad y objetividad. La primera no existe más allá del lenguaje. Según él, “Un discurso es una rejilla conceptual de visibilidad, especificación y clasificación mediante el cual los individuos dotan de significado al contexto social y confieren sentido a su relación con él”.³² En palabras más simples, el lenguaje no es reflejo de la realidad sino que la constituye: “Desde la perspectiva de la historia postsocial —uno de los nombres que Cabrera le da al posmodernismo—, el lenguaje no simplemente nombra a los sujetos, sino que los trae a la vida y los hace aparecer”.³³ En forma que no deja de ser irónica se hace eco de la reencarnación del Logos con la que se inicia el evangelio de San Juan: “En el principio existía el Verbo [...] Todo se hizo por él y sin él no existe

29. Según señala Paul Veyne, el “discurso” en el sentido foucaultiano es algo más que palabras, incluye también acciones, *Escribir la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 213.

30. Carlo Ginzburg, *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000.

31. De nuevo nos referimos al artículo “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, pp. 261-272.

32. Miguel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Valencia, Frónesis-Cátedra, 2001, p. 51.

33. *Ibid.*, p. 117.

nada de lo que se ha hecho [...] El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".³⁴

De una manera más secular pero igualmente criticable, el posmodernismo postula la preexistencia del lenguaje sin dar cuenta cabal de su génesis más allá de ubicarlo vagamente entre lo heredado y la realidad social. Y esto lo hace en aras de criticar la tradición logocéntrica occidental que con el lenguaje presente pretendía moldear el pasado.³⁵ Se cae así en un juego discursivo. "Lo que desafía a un discurso", agrega Cabrera, "no es el mundo [real], sino otro discurso".³⁶ Por ello no es extraño que, en palabras de Alun Munslow, la tarea de la llamada historia deconstruccionista no sea la investigación de lo que pasó realmente, "sino el estudio de la información producida por los historiadores".³⁷

34. Versión tomada de *La Biblia latinoamericana*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1974, pp. 163-164.

35. Según F. R. Ankersmit el foco del posmodernismo no es lo que ocurrió sino la incongruencia entre "el lenguaje que usamos en el presente para hablar del pasado y el pasado como tal", "Historiography and Postmodernism", en: Keith Jenkins (editor), *The Postmodern History Reader*, Londres, Routledge, 1997, pp. 294-295.

36. Miguel Cabrera, *Op. cit.*, p. 73.

37. Alun Munslow, *Deconstructing History*, Londres, Routledge, 1997, p. 2. Esto es complementado por Keith Jenkins al indicar que "no existe un referente (hecho o pasado) fuera de los textos de los historia-

Claro que los teóricos del nuevo paradigma historiográfico se apresuran a señalar que no se trata de revivir un nuevo subjetivismo, una forma de esencialización tan criticable como el objetivismo. De forma imprecisa indican que el pasado existió, pero insisten en que difícilmente lo conoceremos. Aclaran también que la historia no es simple ficción, pues hay referencia a la realidad pasada. Sin embargo, como acota Munslow, "[...] la narración histórica puede explicar el pasado, pero no garantiza que esa explicación sea verdadera".³⁸

Se cae así en el relativismo, puesto que, en el decir de Keith Jenkins, la desmitificación posmoderna "libera al historiador para decir muchas historias igualmente legítimas desde varios puntos de vista".³⁹ Bajo esos supuestos no es extraño que uno de los padres del giro lingüístico, Hayden White proclame que "hay una relatividad inexpugnable en cada representación de los fenómenos históricos".⁴⁰ Por ello, ante quienes niegan la existencia del Holocausto

dores mismos", "Introduction: on Being Open about our Closures" en el libro compilado por él, *The Postmodern History Reader*, p. 20.

38. Alun Munslow, *Op. cit.*, p. 69.

39. Keith Jenkins, *Op. cit.*, p. 20.

40. Hayden White, "Historical Emplotment and the Problem of Truth", en: *Probing the Limits of Representation*, Saul Friedlander (editor), Cambridge, Harvard University, 1992, p. 37.

judío durante la segunda Guerra Mundial, White levanta el juicio de inmoralidad, pero no puede afirmar que esas narraciones sean falsas.⁴¹ Este relativismo es grave, pues si suprimimos la apelación a la verdad ¿qué queda del conocimiento histórico? Parecería que sólo contamos con puras ficciones que manipulan y silencian el pasado, y sin posibilidad de apelación, puesto que todo vale.

Ahora bien, no debe quedar la impresión de que el posmodernismo pretende acabar con la disciplina y arrasar con toda memoria del pasado. Su pretensión, por el contrario, es renovar la historia y darle un horizonte teórico y epistemológico acorde con los tiempos que vivimos.⁴² En esta dirección el giro lingüístico retoma los aportes del posestructuralismo en la crítica de los poderes que usan el pasado con

el ropaje de verdad objetiva. También es justo reconocer las denuncias de la historiografía feminista y poscolonial en cuanto a la invisibilización de los actores subalternos hecha no sólo por las escuelas tradicionales sino por nuevas corrientes socioculturales. El silenciamiento de sus voces los lleva a una relectura de las fuentes históricas, para lo cual acuden a las herramientas deconstruccionistas.

En ese paso, algunos saltan del estudio del subalterno como sujeto social a considerarlo como una mera condición discursiva. Parafraseando a Ranahit Guha en la crítica al discurso radical marxista, aquí también se puede expropiar a los sectores subalternos su propia historia para convertirlos en un ideal alejado de su personalidad histórica real.⁴³ De nuevo estamos ante el riesgo de olvidarlos como sujetos históricos y de convertir la crítica de su invisibilidad en un mero asunto de discursos que rebaten a otros discursos.⁴⁴ De allí puede derivarse una

41. Parecería que White ha matizado su relativismo como lo expresa en reciente texto: "[...]el giro lingüístico tal vez no sea la solución para construir una ciencia que cure todos los males de la sociedad, pero al menos nos exige reexaminar la naturaleza de la ciencia que quisiéramos para el estudio de la realidad social y el tipo de objetividad que podemos esperar de ella", "Afterword", en: *Beyond the Cultural Turn*, Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (editoras), Berkeley, University of California, 1999, p. 324.

42. Al fin y al cabo, como dice Miguel Cabrera, "[...] toda explicación de las conductas y procesos sociales requiere de un análisis minucioso del proceso de formación histórica de los propios conceptos", *Op. cit.*, p. 180.

43. Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 81.

44. No es nuestro propósito hacer un balance exhaustivo del poscolonialismo, que está por hacerse en nuestro medio. Sin duda contribuye a renovar la disciplina no sólo al incorporar más actores como sujetos activos y racionales, sino al cuestionar los métodos historiográficos coloniales, nacionalistas y marxistas impregnados de eurocentrismo, Mauro Vega, "Historiografía y poscolonialidad", en: *Historia y Espacio* (17),

forma de silenciamiento del pasado más sofisticada que la que hemos denunciado porque se hace a nombre de los excluidos. En esto no hay que llamarse a engaños. Como dice un historiador haitiano que escribe precisamente sobre los silencios del pasado, "[...]la ingenuidad es frecuentemente una excusa para quienes ejercen el poder. Para aquellos sobre quienes se ejerce el poder, la ingenuidad es un error".⁴⁵

4. Los retos del historiador

Ante los riesgos de acallar el pasado para borrarlo del presente no hay más salida que la reconstrucción, lo más verídica posible, de la historia. No llamamos a una reconstrucción "objetiva" porque en eso la crítica del giro lingüístico ha sido incisiva. La apelación a la veracidad significa simple y llanamente que no podemos inventar el pasado.⁴⁶ De-

bemos alimentar nuestra imaginación e incorporar muchos de los interrogantes posmodernos a los relatos de los historiadores, pero sin prescindir de la búsqueda de veracidad en la reconstrucción histórica. En esto nos apoyamos en autores cercanos al giro lingüístico pero distanciados de su relativismo, como Roger Chartier, quien dice: "Si cejamos en buscar la verdad [...] dejamos el campo abierto a todas las formas de falsificación y a todos los fraudes que traicionan el conocimiento y por tanto hieren la memoria".⁴⁷

Ello exige pensar el pasado como algo diferente del presente. Además del necesario distanciamiento al que ya aludimos es preciso asumir la discontinuidad del tiempo histórico. Razón tenía Louis Althusser al señalar que "sólo es posible dar un contenido al concepto de tiempo histórico definiéndolo como la forma específica de la existencia de la totalidad social considerada".⁴⁸ En

(17), Cali, enero-junio de 2001, pp. 69-92. Pero no deja de ofrecer riesgos de una nueva esencialización del subalterno y, sobre todo, de reivindicar una resistencia anclada en una subjetividad atomizada y en reclamos atávicos de comunidad, como señala críticamente Aijaz Ahmad en entrevista aparecida en Santiago Castro, Oscar Guardiola y Carmen Millán (editores), *Pensar (en) los intersticios*, Bogotá, Ceja, 1999, pp. 121-124. Como ocurre con el posmodernismo, el signo político de esta corriente no es claro.

45. Michel-Rolph Trouillot, *Op. cit.*, p. xix.

46. Como lo señala Hobsbawm, *Op. cit.*, p. 78.

47. Roger Chartier, *On the Edge of the Cliff: History, Language, and Practices*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 1997, p. 27. Algo similar proclama Gabrielle M. Spiegel con su "Lógica social del texto", en: *The Past as Text*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 1997.

48. Louis Althusser, *Para leer el capital*, México, Siglo XXI, p. 119. Cuando aún no despuntaba la crítica poscolonial a la historia universal, el filósofo francés ya la tachaba de ser una ilusión. Estos reconocimientos de la obra de Althusser no significan aceptar su discutible concepción de la disciplina como bien lo denunció E. P. Thompson en *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

sus términos, cada modo de producción encerraba una temporalidad propia. En los nuestros, cada pasado debe ser entendido en sus propias coordenadas. Una frase que Hobsbawm ha popularizado resume lo que queremos expresar: “[...]el pasado es otro país diferente en donde se hacen las cosas en forma distinta”.⁴⁹ De ahí que el peor pecado de los historiadores, a su juicio, sea el anacronismo.

Al inicio de esta lección señalábamos que la memoria permitía diferenciar el hoy del ayer. Ella no se debe silenciar por más incómoda que sea para la legitimación de los poderes y para la tranquilidad de quienes pretenden olvidar los traumas. Contra el solipsismo lingüístico y el hiperrealismo del presente debemos continuar investigando sobre el pasado para mantener viva la memoria. Acallarla es prácticamente arrancarnos la piel. Y es además un ejercicio vano como lo recuerda Gabrielle Spiegel a propósito del Holocausto: si hoy no confrontamos el pasado, éste, como todas las cosas reprimidas, retornará para perseguirnos por el resto de nuestros días.⁵⁰ A este respecto

señala Peter Burke que los vencedores no necesitan recordar, los vencidos en cambio no pueden darse el lujo de olvidar.⁵¹ A su turno, Hobsbawm, hablando de su experiencia personal, dice que la derrota puede ser un buen comienzo para una fructífera explicación del pasado: “En el corto plazo la historia puede ser hecha por los vencedores. En el largo plazo las ganancias en la comprensión histórica han venido de los derrotados”.⁵²

En el caso colombiano cada vez que se vislumbra la desmovilización de un actor armado surgen propuestas de “borrón y cuenta nueva”. Pero eso no funciona ni acá ni en las sociedades que viven el posconflicto armado, como muestra lo que ha ocurrido recientemente en el cono sur. Sin castigo a los culpables y sin reconocimiento del daño ocasionado, lo que implica reparación a las víctimas, difícilmente podrá haber perdón. Otra cosa es el olvido, que, en términos históricos, no debe producirse. En condiciones como las nuestras, recordar podrá ser incómodo pero necesario si queremos construir la sociedad que nos merecemos.

Qué mejor espacio y momento que aquí y ahora para evocar el lega-

49. Eric Hobsbawm, *On History*, Nueva York, The New Press, 1997, p. 233. De alguna forma retoma lo tocado por Lowenthal, cuyo libro se puede traducir precisamente como: *El pasado es un país forastero...*

50. Gabrielle M. Spiegel, *Op. cit.*, pp. 42-43.

51. Peter Burke, *Op. cit.*, p. 54.

52. Eric Hobsbawm, *On History*, *Op. cit.*, p. 240. Así lo reitera en su reciente autobiografía, *Años interesantes: una vida en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2002.

do de Luis Antonio Restrepo Arango. Como lo recuerda Jorge Márquez Valderrama, Toño “trabajó incansablemente contra otra muerte que podemos asimilar al cáncer biológico como es el cáncer cultural o el olvido”. Por ello, “no se cansó de denunciar los peligros de un rasgo que se ha vuelto otra característica estructural de la colombianidad: la facilidad con la que olvidamos colectivamente lo más terrible y lo más sublime de nosotros mismos”.⁵³ Su permanente actitud crítica nos sirve de ejemplo para, en palabras de Luis Javier Ortiz, “crear nuevas formas de pensar la historia y con ello, la vida en sus múltiples dimensiones”.⁵⁴

Con el fin de no caer en el cáncer social del olvido debemos renovar la profesión produciendo conocimiento sobre el pasado que sea crítico de los poderes macro y micro de nuestra sociedad, incluidos los que se mueven en el gremio de los historiadores.⁵⁵ Debe ser un cono-

cimiento que no responda a la utilidad instrumental del costo beneficio, y que pueda ser impertinente en el mejor sentido de la palabra. Todo ello con el fin de proyectarnos hacia un futuro mejor, pues como dice Marc Bloch:

[...] siempre nos parecerá que una ciencia tiene algo de incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor. Y cómo no pensar esto aún más vivamente cuando nos referimos a la historia que, según se cree, está destinada a trabajar en provecho de la humanidad, ya que tiene como tema de estudio al hombre y sus actos.⁵⁶

Hoy más que nunca necesitamos una dimensión utópica en nuestro oficio, tanto como historiadores como en calidad de ciudadanos comunes y corrientes. Con mucho acierto Bernardo Tovar nos recuerda:

Ante los discursos que predicán la muerte de la utopía, o el fin de la historia, frente al declive de las esperanzas y la angustia que causa el exceso de crisis en el que viven sociedades como la colombiana, donde el dato de la vida es borrado con extrema facilidad y frialdad, resulta imperativo volver los ojos hacia el esfuerzo utópico para

53. Jorge Márquez Valderrama, “Incertidumbre, olvido e historia”, en: *Historia y Sociedad* (9), Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2003, pp. 21-22.

54. Luis Javier Ortiz, “Luis Antonio Restrepo Arango. Maestro, humanista y pensador”, en: *Historia y Sociedad* (9) Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2003, p. 11.

55. Tema sobre el que recaba Harvey J. Kaye en sus recientes libros: *The Powers of the Past*, Minneapolis, University of Minnesota, 1991, y *Why Do Ruling Classes Fear History?*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 1997.

56. Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 14.

introducir un poco de luz en nuestro laberinto.⁵⁷

Se trata de una utopía desencantada, distante de los totalitarismos y abierta a la sospecha y a la duda, pero que alimenta los sueños que afortunadamente conservamos sobre una Colombia mejor. Es, en síntesis, una utopía cimentada sobre la memoria y el conocimiento, lo más verídico posible, del pasado. A su modo esto fue lo que pensó y prac-

ticó Toño Restrepo, a quien le podríamos aplicar la sentencia con la que culminaba su ensayo sobre Althusser:

“[...] en lo fundamental dedicó su vida a la lucha por un mundo mejor y en esto no se equivocó, pues, ahora más que nunca es necesario afirmar que no podemos abandonar toda esperanza de una vida cualitativamente superior.”⁵⁸

57. Bernardo Tovar, “Sobre historia y utopía”, *Trans* (0), Bogotá, abril de 2000, p. 182.

58. Antonio Restrepo A., *Pensar la historia*, Medellín, Ediciones Stendhal, 2000, p. 227.

El oficio del historiador

Luis Antonio Restrepo Arango*

Resumen. Este texto es un ejemplo de las clases que el profesor Antonio Restrepo dictaba a sus alumnos de primer semestre de la carrera de Historia en un lenguaje coloquial; incorporaba en su exposición las respuestas a las preguntas de los estudiantes. En el aula planteaba los más complejos problemas de Teoría de la Historia como la interpretación y el abuso de las fuentes, el maniqueísmo, la teleología o la historia contrafactual, por medio de ejemplos de la historia de Colombia, la historia de Europa o la historia de las religiones; de paso, demostraba la gran erudición que debe tener el historiador.

Palabras clave. teoría de la historia, interpretación, fuentes, maniqueísmo, historia contrafactual, archivos, teleología, paleografía.

El historiador que solamente trabaja con archivos, directamente, sin saber nada más, está cometiendo un gravísimo error. El archivo está ahí, pero también hay que interpretarlo y para su interpretación necesita un conocimiento por parte del historiador, del tema o del contexto histórico en el cual está trabajando. Los

grandes trabajos históricos, en general, son hechos sobre documentación primaria, de primera mano; claro que también se pueden hacer libros de divulgación, bien hechos, que utilizan una bibliografía primaria de otros y la utilizan con seriedad. Eso también vale, pero el caso clásico es explorar algo nuevo.

* El texto que aquí se presenta fue recogido en una sesión de clase del Curso Teoría de la Historia I, dictada por el profesor Restrepo Arango el 19 de diciembre de 2000 en la carrera de Historia; la grabación está en el archivo de la Fundación Luis Antonio Restrepo Arango. La transcripción se hizo con el apoyo de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, y fue corregida por la historiadora Ángela Rodríguez. Las preguntas que aparecen en el texto fueron formuladas por estudiantes del curso.

Ahora, el concepto de archivo tiene muchas variaciones. Uno entiende por archivo un mundo de papeles viejos; eso es cierto, porque en la clasificación del siglo XIX se hacía una división entre documento, o sea escritura—texto escrito—y monumento, o sea objeto.

Pregunta: ¿En historia, se entiende que el archivo son las fuentes primarias?

LAR: Eso de fuentes primarias y fuentes secundarias, viéndolo bien no es tan sencillo porque se presta a muchos equívocos y la gente se enreda. Vamos a poner un ejemplo: una carta de Simón Bolívar a Santander, que fue recogida por los encargados del archivo Santander, es la original, es una fuente primaria. Hay que interpretarla y ahí puede estar Bolívar justificándose, metiéndose mentiras, cualquier cosa, todo es humano, pero es fuente primaria porque partió de un gestor de la historia que la escribió. Entonces después llega un señor y comenta esa carta en un libro de historia, la cita al pie de página: *Correspondencia de Santander a Bolívar, Bogotá, Editorial Nacional, 1980*—estamos inventando, eso no existe—, páginas 17-18, si tiene dos páginas. Ya dependemos de que alguien pasó por ahí, comentó e interpretó. Pero eso tiene el tirito que a veces la gente se enreda, cree que la bibliografía primaria es solamente el texto original, escrito en escritura

cuneiforme, en hebreo o en castellano, con la letra de la época..., pero eso no es así, con la imprenta eso cambió. Uno puede tener frente a sí la bibliografía primaria en imprenta, no es secundaria porque es la carta de Bolívar pasada de manuscrito a imprenta; en máquina de escribir o en computador, en cualquier cosa de esas, la carta es la misma.

Por ejemplo, en Alemania tienen todos los documentos medievales que se han logrado recuperar, con un costo altísimo que invirtieron varios gobiernos y usando diferentes técnicas. Eran todos en latín, quedaron en latín, pero en imprenta, para preservar los originales que son muy deleznable al ambiente y al manejo, como lo sabemos cada vez más. Hoy se tiende a fotocopiarlos, la fotocopia resultó un problema porque genera una temperatura muy alta; un documento sometido varias veces a fotocopia se destruye, o sea que la fotocopia la están vetando ya en muchas partes. Está el otro método del scanner, que transcribe al computador lo que uno ve sobre la página; bueno, métodos habrá para evitar que los documentos se pierdan. Hay muchos problemas, algunos no nos tocarán a nosotros; entonces, aunque sepamos que el sol se va a apagar—es un hecho astronómico irrefutable—, no nos angustia en lo más mínimo que se vaya a apagar dentro de cuatro o cinco millones de años, vivimos tranquilos.

Según los especialistas, desde que se pasó del papel viejo de tela al papel de celulosa, la pregunta es: ¿los archivos de papel de celulosa, cuándo van a desaparecer? Entonces hay que prepararse y gastar una millonada de dólares recuperando esos papeles que sabemos que por ser de celulosa se van a volver polvito, cosa que no le ocurre a un papel de tela del siglo XII, de un monasterio, ahí está y no pasó nada; por eso hay que tomarles las famosas fotografías, que valen plata, para cuando el documento se esfume, literalmente. O sea que se combinan una cantidad de problemas, técnicos y propiamente históricos.

La tarea de la historia no es como mucha gente cree, irse a sentar en un archivo, abrir un documento y ponerse a leerlo, posiblemente con el auxilio de la paleografía. No, hay muchas cosas más. Uno no puede aspirar a dominar las transformaciones de la lengua inglesa desde que se configuró en la Edad Media y al mismo tiempo dominar la lengua cuneiforme; no, la una o la otra cuando más, que eso quede claro. Y en su propia lengua, el historiador también llega a un punto donde se encuentra con la necesidad de una técnica que se desarrolló en los siglos XVI y XVII: la *paleografía*. Porque si bien es cierto que hay muchos documentos ya transcritos por paleógrafos en letra de máquina —como se dice—, en los archivos hay infinidad de documentos

que están y estarán ahí como fueron escritos, para que el historiador vea qué hace con ellos. Para eso hay que saber manejar esas letras de otras épocas, es decir, la paleografía.

Paleo-grafo: paleo es el hierro, grafo es la escritura. Ahí no se pierde tiempo, un historiador bien formado debe tener unos conocimientos de paleografía serios, suficientes. Ahora, si en su vida se va a dedicar a la historia contemporánea, a la historia del siglo XIX, puede no exigírsele que tenga un domino especial de la paleografía, porque allí no va a encontrar problemas paleográficos; pero del siglo XVIII para atrás, cada vez va a entender menos, nada. En los documentos del siglo XVI, por ejemplo, uno no entiende absolutamente nada y si son de un siglo para atrás, peor. Hay muchos cambios en la orientación de las letras del castellano y hay que llegar hasta donde uno lo necesita; el ideal sería conocer las letras de la lengua castellana desde que se configuró o al menos desde la llegada de los españoles, en el siglo XV, para leer los documentos que empezaron a producirse a raíz de la Conquista, la sangrienta Conquista que tanto les gusta a ellos hacer pasar por evangelización.

Miren, se llena uno de problemas, por eso hay que irlos llevando con despacio. Están los problemas de Teoría de la Historia, filosóficos

diríamos, que siempre han sido difíciles; por ejemplo, la temática de la causalidad histórica nunca se ha resuelto, todas las escuelas pelean entre sí por la causalidad histórica, que es una teoría que depende de concepciones filosóficas más amplias sobre la causalidad. Un problema filosófico que no se puede evadir, un problema más metafísico y al que se le tiene que dar la cara, es la pregunta por el sentido de la historia: ¿para dónde va la historia? Éste se llama el *problema teleológico*, no teológico sino teleológico, porque teología y teleología son dos cosas distintas. Teleología también viene del griego, pero quiere decir finalismo, hacia dónde va una cosa. ¿Va la historia para alguna parte? Gran problema filosófico, llena toda la historia de la historia desde que ella comienza en el siglo v, en Grecia, con los libros de Heródoto.

Recuerden que los libros en Grecia eran rollos, pero no eran muy grandes. Como eran nueve rollos, por eso se llamaron *Los nueve libros de historia* de Heródoto;¹ después, con el libro moderno, que primero empezó en Roma, en papiros, y más tarde en imprenta en el siglo xv, se volvió un solo libro pero se sigue llamando igual. Este libro pasa, con razón, por ser el

fundador de la historia como disciplina: no es que cuente cosas simplemente, sino que cuenta cosas con la intención de explicarlas, de darles una interpretación. Contar cosas es otro asunto, por ejemplo, contar cosas puede ser la leyenda, el mito mismo, eso hay que tenerlo en cuenta para hacer esa diferenciación.

Entonces, la historia presenta este problema filosófico álgido: ¿tiene sentido, va para alguna parte, por qué estamos aquí? Para el hombre antiguo la explicación era muy fácil; bueno, para uno también es muy fácil: el hombre está en la tierra para adorar a los dioses. Unos dioses muy extraños, con un poder infinito y sin embargo necesitan que una criatura ínfima los adore, a mí siempre me ha parecido un poco loco esto. Ahí está, pues, el problema.

Pregunta: Otra discusión, que no sé si la han clausurado, es si la historia es producto del actuar de los individuos o de la interacción social. Parece que ese conflicto todavía se estudiara.

LAR: Ninguno de esos conflictos se ha cerrado, todos continúan siendo esenciales. ¿La historia es producto de la actividad individual o es producto de la actividad colectiva? Ésta es la oposición entre la concepción individualista y la concepción socialista marxista; así se expone, pero adentro viene el conflicto.

1. Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, vol. I, Barcelona, Hyspamérica, 1987 y vol. II, Barcelona, Hyspamérica, 1988.

El finalismo también tiene sus implicaciones muy complejas, porque el hombre religioso se cree con un sentido en el mundo, porque se siente creado por un ser superior que lo tiene aquí en la tierra, cuyos designios no alcanza nunca a captar. Cada religión tiene su manera de pensar, premios, castigos, lugares, figuras que acompañan a los dioses; todas tienen un problema, no pueden evitar hablar del mal. Y como esto al fin de cuentas es parte de la experiencia de la vida de los pueblos, la gente sabe, por ejemplo, que es muy bueno que llueva y haya una cosecha de maíz muy deliciosa, y la gente sabe que es muy malo que no llueva ese año y se estén muriendo de hambre. La experiencia del bien y del mal es así, no hay que ponerse a filosofar.

Pero la pregunta es: ¿por qué el bien y por qué el mal, por qué tiene que haber mal? Y en ciertas religiones muy depuradas, como el cristianismo, la cosa se vuelve muy complicada, necesita uno un cura para que se la explique. Yo me voy a tomar la libertad de explicarla sin ser cura, consciente de que cualquier cura diría un cuento distinto. En pocas palabras, ¿para qué darle tantas vueltas a la cosa?

Es un drama, para una religión tan elaborada intelectualmente como el cristianismo, que Dios, sumo bien, emane el mal. ¡Ah!, Dios no emana el mal. ¡Ah!, muy bien, entonces es

que hay un contra de Dios, hay un Dios del mal. Respuesta de los herejes maniqueos: hay un Dios del bien y un Dios del mal. Y el cura le dice a uno: “eso no es tan sencillo, Dios simplemente no promueve el mal, pero deja que el hombre decida”. ¡Ah!, ¿y no nos habían dicho que era Dios infinitamente poderoso y hay una criatura que Él crió, que está decidiendo autónomamente entre el bien y el mal? ¿No es, pues, una especie de Dios, que tiene la capacidad de decir “yo elijo el bien o el mal”? Eso ha generado muchos problemas históricos dentro del cristianismo, porque plantea el problema de la omnipotencia divina y un fragmento de omnipotencia humana. Dios dirige un universo y sin embargo un ser humano dice: “Dirija usted su universo, yo no me quiero salvar. Punto. Retírese por favor”. Y Dios va saliendo cabizbajo, se va yendo.

Cosa rara esa imagen del Dios todopoderoso, con el rabo entre las patas porque lo regañó cualquier ‘pelao’ por ahí, que se quiere condenar. Si le preguntan al cura de la parroquia, les va a decir: “Dios sabía que se iba a condenar desde que lo creó”. ¡Ah!, ¿entonces Dios crea criaturas condenadas ya de por sí? Eso creía San Agustín, que Dios había creado a un sector de la humanidad para salvarse y a otro sector, de nacimiento —genéticamente, diríamos ahora—, réprobo, y hasta

hizo un cálculo numérico y todo lo demás.

Hay todo un sector del cristianismo que trabaja con esa idea de los elegidos y los réprobos por nacimiento; de ahí provino una herejía, por allá en el siglo XVI, la de los *puritanos*, que fue estudiada por Max Weber² en su libro sobre los protestantes. Estamos en Holanda, en el nacimiento del capitalismo, en el siglo XVI; esa pregunta no fue hecha en Egipto ni en Mesopotamia, fue hecha en Holanda, emporio capitalista, protestante, o sea que no se podía preguntar: ¿padre, me voy a condenar? No, arréglese allá usted con Dios. Esos puritanos tenían que resolver un problema, ¿se iban a condenar o a salvar? ¡Ah!, no tenían confesión, porque el católico va, chuza al otro, le vuelve la barriga nada, sale corriendo donde el cura, se arrodilla, pone las manos y le dice: “padre, acabo de matar a un tipo”. Ahora es en castellano, en mi época era en latín: *ergo te absolvo*. He ahí pues el catolicismo, una religión de éxito porque es buenísima.

Otras sociedades son tenaces para eso y los crímenes los pagan los hijos, qué cosa tan terrible. El catolicismo es una religión suave y tiene éxito por eso. Los puritanos —pobres puritanos— no tenían

confesión, no podían saber qué les iba a pasar, hasta que descubrieron un signo de salvación: que les fuera bien en los negocios. Entonces los ricos —esto no me lo van a creer, pero léanlo en Max Weber; cada que lo pienso me parece tan loco, pero es la historia—, todos se van a salvar, no por ser ricos, sino porque ser rico es el signo, la pista que emite Dios. Todos los pobres se van a condenar, desde toda la eternidad, ya Dios había decidido que se condenaran. Como los pobres se pueden volver un factor de disolución de la vida social, por ende hay que hacerlos trabajar al máximo, pero evitando que con los salarios se dediquen a las cosas que se dedican los que ya están condenados de por sí —a las mujeres, al trago, al juego—; por eso hay que pagarles el mínimo, solamente aquello que necesitan para no morir de hambre y reproducirse, para que se puedan tener más obreros en las fábricas de textiles. Vean qué coherente es la cosa: para que no cometan más pecados, hay que matarlos de hambre.

Ese es el puritanismo, pero la clave es el éxito en los negocios: la riqueza es salvación, la pobreza es condenación. ¿Se habrá visto —como decía Max Weber— una religión más adecuada al sistema capitalista? Imposible. Y es obvio que haya sido así porque el puritanismo nació en Holanda, que en ese momento era el emporio del capitalis-

2. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969.

mo en Occidente, en medio de las condiciones del protestantismo. Bueno, hay otra cantidad de condiciones.

El historiador no es, pues, un señor que se sienta a leer un cuento sobre unos puritanos, sino que trata de explicarse qué es ese asunto; tiene derecho a que le dé rabia con los puritanos por explotadores, pero él debe explicarlo en el contexto histórico del siglo XVI, en Holanda, en el desarrollo del capitalismo, por qué aparece este tipo de concepción religiosa. Así, el historiador trabaja los temas, no simplemente como un cuento o como un sermón —tampoco se trata de sermonear a todo el mundo— y evitando, hasta donde sea posible, asumir esas actitudes que se llaman apologeticas. No hay derecho a que un historiador serio tome partido, de una manera simplista, por un determinado personaje, eso es delicado.

Ese es, muchas veces, un problema con las biografías. Hay biografías buenas y malas, las biografías malas no están apostando a hacer una especie de balance del personaje, colocándolo en el contexto de su época, y todo esto no debe conducir a un juicio moral, de si se condenó o se salvó; no se puede, ya de entrada, decir si fue positivo o negativo, o combinar en lo uno y lo otro el papel del personaje. Cuando uno compra un libro cuyo título es *Biografía del gran Napoleón*,

se sabe que el autor es un admirador de Napoleón, que bregará a hacer todo tipo de trampas para que Napoleón quede bien. Aquí hay una biografía escrita en el siglo pasado que se llama *El gran Berrío*, ya uno sabe que el doctor Berrío era la perfección absoluta, porque el señor biógrafo lo admira mucho.

Eso trae sus problemas interesantes, por ejemplo, ¿qué hace uno si le da por hacer una biografía de Hitler? Hay muchas, pero nazis; hay otras antinazis furibundas —enceguecidas también— y hay buenas biografías de Hitler y su época —pocas, pero buenas—, que no están ocultando las masacres ni dándoles justificación, pero están mostrando en qué contexto histórico coyuntural existía. Claro que todo eso es muy polémico, la historia es una disciplina muy polémica, los profesores tienen posiciones distintas, los libros también; uno no puede aspirar a tener un personaje puro, las peleas sobre el nazismo están vivas, todavía se ven filósofos importantes manipulando la historia, y le da a uno tristeza.

Yo leí hace poco a un pensador francés muy importante, que habla de la actitud grandiosa de Alemania en 1945, haciéndose responsable de la masacre de judíos. Increíble que la gente sea tan fresca para meter mentiras, es la mentira más grande que yo he visto en mi vida. En 1945 los alemanes estaban botando do-

cumentos, borrando testimonios, quemando fotos como locos, porque se les venía encima uno de los aliados, porque sabían que habían perdido la guerra. Además los aliados —norteamericanos, ingleses y franceses— estaban interesadísimos en ayudarles a esconder la documentación, porque ellos necesitaban a todos los alemanes, a todos los nazis, para poder montar la Guerra Fría. Lo que salvó a infinidad de nazis de la horca o de condenas a prisión de veinte o treinta años, fue el comienzo de la Guerra Fría.

Rusia inicialmente tuvo un papel muy duro, pero Stalin también pensó lo mismo: esto es mejor tomarlo con más calma, para poder participar en el gobierno de los alemanes. La actitud rusa inicial, cuando la invasión a Alemania, ha sido sumamente exagerada, se ha hecho una exageración terrible; pero comparándola con lo que hubo en Rusia, eso no fue nada. Los soldados rusos venían a vengarse, Rusia había tenido veinte millones de muertos, y parte de la venganza era violar a las alemanas, porque era mucho más que violar a una mujer cualquiera; que un hombre de raza inferior violara a una diosa aria, era lo más humillante que podía ocurrir. En una mujer es muy triste la violación, pero si además es aria, es caer de muy arriba.

Muchas mujeres se suicidaron y se tiraron a los lagos, pero eso ha

sido exagerado con la Guerra Fría. Stalin era muy buen político, él paró rapidito eso y dijo: "Mi problema era con Hitler, no con el pueblo alemán; yo quiero mucho al pueblo alemán". Y ahí mismo organizó su Alemania Oriental. ¿Cómo los iba a matar y los iba a violar a todas? Cínismo político. Por otro lado, los gringos cogieron especialistas en torturas y todas estas cosas, para distribuirlos por todo el mundo; los han cogido en Uruguay, en Paraguay, en todas partes, haciendo su trabajo. ¡Para que venga este señor a decir que los alemanes estaban reconociendo sus fallas!

Lo que pasa es que con todo ese movimiento que hubo en los años sesenta, se dio una renovación del interés por el problema del holocausto judío, que estaba casi olvidado y arrancó una onda tremenda de películas, de documentales, y hubo otra vez conciencia sobre ese tema, y en realidad no ha vuelto a bajar el nivel, porque hay mucha gente investigando con ganas, con pasión. Entonces, cada que se va a apagar, ¡tan!, estalla otra bomba; cuando la cosa estaba bastante calmada y los alemanes habían reconocido oficialmente que los nazis eran un partido ilegal, sacaron otra ley reconociendo que eran legales.

Ha habido mucho impacto en el mundo por la quema de las casitas de los trabajadores turcos. Eso fue como en 1986, cuando aparecieron

los cabezas rapadas nazis —neo-nazis—, matando y quemando turcos. Eso puso otra vez la cosa muy rispida, muy difícil, aun con los países aliados, que acusaron a Alemania de hacerse la de la vista gorda con la actividad de esos muchachos, es decir, la cosa se puso fea en ese momento y ha seguido problemática.

Esto no es tan sencillo. Cuando todo estaba, no calmado, pero no tan impactante y espectacular, vinieron los documentos que abrieron el caso Suiza, que fue el estudio de cómo el oro de los judíos, los nazis se lo vendían a los suizos, para que los suizos lo revendieran a su vez. Entonces la Cruz Roja, con Derechos Humanos y todo, fue una de las que más se favoreció con la dictadura de los alemanes.

Pregunta: ¿Qué relación directa hay entre los cabezas rapadas y los nazis? ¿Hubo nazis de los años cuarenta que influyeron en la creación de estos grupos?

LAR: Lo que pasa es que estamos en el año 2000. En 1986 éramos muchos los que habíamos vivido la guerra, era gente de cuarenta o cincuenta años, los de más atrás no se dieron cuenta porque estaban muy chiquitos. Mucha gente se dio cuenta de la guerra, también los hijos de oficiales de la SS. Uno quisiera educar a su hijo en lo que ha creído toda su vida, pero en Alemania hay dos educaciones, hay una

estatal, oficial, antinazi furibunda —hasta muy antipedagógico que a la gente la obliguen a ser anti-algo—; a mí me parece muy antipedagógica esa actitud alemana, de ser antinazi, de odiar a los nazis, sobre todo cuando el muchachito llega por la noche y el abuelito, que fue uno de los que manejaban los tanques de gas, le va a decir: “fue una buena época, niño, logramos salir de todos esos hijueputas judíos”. Pobre muchachito, por la mañana le dicen que los nazis eran unos hijueputas y por la noche el abuelito le dice que los hijueputas eran los otros.

Esa educación es lamentable, el Estado los educa antinazis, haciéndose el loco, no dándose cuenta de un fenómeno sociológico en las casas, ya que casi todos los alemanes fueron pronazis —no necesariamente nazis, sino pronazis— y en general había un ambiente pronazi. Esa es la parte grave de los alemanes, por eso es que el asunto no se acaba. Y esta sí es una exageración mía, yo digo que para nazis, los austriacos, que los pobres alemanes no sabían nada de eso y los austriacos los educaron; el austriaco es de un nazismo... los austriacos son muy nazis, Hitler era austriaco; tienen presidente nazi, ¿quién quita que Alemania tenga presidente nazi dentro de diez años? Los historiadores no somos profetas, naturalmente, pero simplemente estoy jugando un poquitico.

Como es la historia —para que sigamos jugando un ratico—, ¿quién puede garantizar que dentro de veinte años en las plazas públicas no haya estatuas de Hitler, como salvador del pueblo alemán? ¿Por qué digo yo esta aparente locura? Porque ese es uno de los argumentos de la derecha alemana: “Si Hitler no hubiera enfrentado a Alemania con los bolcheviques soviéticos, ellos hubieran ganado la guerra facilito”. Hitler se opuso y se metió y Stalingrado se desangró, pero los mantuvo controlados; cuando ya se le entraron, también entraron los ingleses y los franceses. Hitler paró a los rusos y por lo tanto salvó a Europa del bolchevismo, ese es el argumento alemán que he leído y con base en él es que hago el chiste —no tan chiste—. Claro que yo no soy profeta, no podemos dedicarnos a profetizar, para que no nos pase como en Medellín con la *Mejor esquina de América*. Cómo botan la plata.

En todo caso, millones de alemanes, en el fondo de su corazón, han aprendido que si Hitler no se funde, se quema luchando contra los rusos que bajaban del Oriente, Europa sería hoy comunista. Total, algún día estará el monumento de Hitler a caballo en Berlín, ¿por qué no? Hay asesinos de buenas y de malas en la historia. Hitler era un asesino terrorífico, yo no lo niego, muy malo, ¿pero Napoleón era muy bueno?

¿Cuántos millones llevó Napoleón a la muerte, aunque con justificaciones distintas? Llevó la Revolución Francesa al resto del mundo y se entiende por qué él es mejor recibido.

Pero un día Napoleón se pegó qué encartada en Egipto, hubo una peste en el ejército y tenía que retirarse por el desierto con la tropa y con un hospital gigantesco de soldados enfermos. Él no era un hombre inhumano, él no iba a darles bala a los enfermos, no, los hizo envenenar; tenía argumentos de sobra: “para que no se murieran de hambre ni de sed”. Él no los podía llevar, no los podía dejar, ¡qué tristeza!, los tuvo que hacer envenenar. Y Napoleón está por toda Francia en estatuas. A mí me parece un genocidio muy horrible eso, claro que pudo haber sido chiquito comparado con el de Hitler, pero de todas maneras, un genocidio. O sea que el gran Napoleón, si tenía que resolver un problema táctico con veneno masivo, dele: “doctores, repartan cianuro como locos al almuerzo hoy”. ¡Oh historia!, ¡oh historia!, yo la conozco mucho y por eso es que me encanta, pero vivo escandalizado.

Pregunta: ¿Qué papel tuvieron el Papa y la Iglesia católica durante la Segunda Guerra Mundial?

LAR: El asunto de Pío XII no ha terminado, el último libro salió hace

quince días: *El Papa de Hitler*.³ ¿De dónde sacaría documentos ese autor? Los documentos se han logrado conseguir muy difícilmente, porque El Vaticano quedó con el control de su documentación y la cancillería alemana de Hitler quedó destruida; no todo lo pudieron destruir, pero destruyeron mucho. Entonces es muy indeciso para el historiador ese trabajo, por falta de seguridad con el archivo.

Hay una cantidad de declaraciones públicas y eso también hace parte del archivo. En ese tiempo no había televisión pero había cine, hay muchas películas; se grababan en las emisoras los discursos importantes y ahí están guardados —los discursos se registraban en grabadoras que llevaban al campo—, se escribían opúsculos, la prensa hablaba todo el día. Entonces el archivo oficial es estrecho, difícil de manejar, pero hay un gran archivo —éstas son cosas que el historiador tiene que aprender a trabajar— y en ese archivo no existe una sola declaración pública de Pío XII, que se pueda conocer, abiertamente a favor del nazismo. No hay, puede que se encuentre dentro de cien años o de un año.

Hubo actitudes de la Iglesia, una muy grave, que la Iglesia no permi-

te que se la digan, es que los aliados le pidieron al Papa que interviniera a favor de los judíos en Alemania y él contra argumentó que si metía la mano allá, Hitler perseguiría a los católicos; difícil que pudiera perseguir a medio país, en Alemania medio país es protestante y medio país es católico. El Papa dijo que no podía porque corrían riesgo los católicos, o sea que se negó a interceder por los judíos. Ahí quedó esa cosa, que se sigue debatiendo hoy a raíz de la canonización de Pío XII, que viene pronto, porque este Papa loco polaco va canonizando gente; todos los curas de Antioquia están cogiendo fila allá, el padre Gómez, el padre Jiménez, todos, todos son santos.

Hubo muchas cosas más. El Papa no, pero varios cardenales declararon contra los judíos, y hay documentos. El arzobispo de Munich, la ciudad del sur de Alemania, declaró públicamente —por escrito y en periódicos— que los judíos, ni muriendo todos en los campos de exterminio, podían llegar siquiera al mínimo del perdón por haber asesinado a un Dios. ¿Con que los judíos mataron a Dios? Tan raro. ¿Y que si no mataban a ese Dios, entonces no podíamos ir al cielo los demás? Lo que dice Jorge Luis Borges: “No queda sino canonizar a Judas”. ¿Qué tal si Judas no vende a Jesucristo por treinta monedas? En la olla todos. Claro que

3. John Cornwell, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, Planeta, 2000.

Borges era un literato, no era historiador ni filósofo; era un literato muy fino, muy tremendo.

Pregunta: ¿Qué habría pasado si Hitler hubiera ganado la guerra?

LAR: Esa es una pregunta que no se puede hacer, ese es un tipo de historia que está siempre tratando de meterse en nuestro terreno, la que llaman *historia contrafactual*. Hay un libro que se llama *Historia contrafactual*, escrito por esos tipos que creen en eso, pero ustedes se darán cuenta que no convence. Es imposible saber qué habría pasado si la historia hubiera sido distinta, los intentos que se han hecho son ridículos. Por ahí un argentino escribió una historia de Argentina, desde 1946 hasta la fecha de la muerte de Perón en los años ochenta. Ese es un libro basurero, de un bobo irresponsable que inventa e inventa sin saber por qué; parte de que ese día, en lugar de haber subido al poder, hubieran tumbado a Perón, y arranca. Qué locura, qué irresponsabilidad que publiquen un libro fino, costosísimo, con artículos de esos.

Eso depende de más o menos ciertas posibilidades de acertar, por ejemplo, los alemanes tenían un montón de proyectos escritos, de cómo manejar el mundo cuando lo hubieran conquistado; esos documentos cayeron en manos de los norteamericanos, que a los veinte años los soltaron en la Biblioteca

Nacional de Washington y sobre eso hicieron otra historia. ¿Qué hubiera pasado si Alemania gana la guerra? Eso es absurdo, muy parcial, pero al menos tiene algo de dónde pegarse, porque ahí los nazis decían qué hacer con Polonia, qué hacer con Rusia, qué hacer con Estados Unidos. Decían cosas también muy locas, pero estaban escritas.

Eran proyectos para cuando terminara la guerra, ellos quedaban dueños del mundo y pensaban cómo manejar el mundo. Los alemanes esperaban destruir a Rusia —apoderándose de todas las materias primas de ese “continente” que es Rusia—, destruir a Inglaterra y ocuparla. ¿Y qué hacer con los Estados Unidos? Obligar a Franco a que les permitiera entrar y tomar a Gibraltar y de ahí en adelante tomar las islas Baleares y las Azores, las más cercanas a América son las Azores. En eso sí iban muy bien, Hitler no era loco cuando decía: “esperen que ya viene el descubrimiento”. Era claramente la bomba atómica, la que estaban trabajando como locos los alemanes, lo mismo que los laboratorios gringos, que Hitler no alcanzó. Él tenía un arma secreta que realmente no era un invento, ya estaba terminando de desarrollar los aviones de chorro —alcanzaron a volar aviones de propulsión a chorro jet en la Segunda Guerra Mundial—, él tenía pues sus armas secretas con las que soñaba poder salir del atolladero des-

pués de Stalingrado y muchas más en su fantasía.

Hitler pensaba que cuando él estuviera por las Azores, ya estarían muy desarrollados los aviones V—V1, V2, V3—, ya iría en el V4 o V5 y podría estar en capacidad de bombardear con cohetes; él tenía toda la razón, que podría bombardear a Estados Unidos, con bombas atómicas, además. No estaba loco, la bomba atómica es una realidad, los cohetes dan la vuelta veinte veces alrededor de la tierra; eso es lo grave, que no estaba loco, sino que se le enredaron los burócratas y no alcanzó a sacar esas dos armas, a combinar la bomba con el cohete... Los norteamericanos iban más atrasados, no tenían cohete para tirar la bomba, tenían que llevarla en un avión gigantesco y soltarla allá arriba.

Fue increíble la capacidad de lucha de Alemania, pero también la capacidad de criminalidad, de destrucción a la que llegaron, que lo deja a uno boquiabierto. Pero muchas veces se dice que Hitler era un loco. Esa categoría *loco* en historia no funciona, eso es un insulto; no es

que esté loco, es que a usted le parece que está loco. Hitler loco era absoluta y perfectamente lúcido. ¿Malvado? ¡Ah, sí! pero eso es otra cosa. Ódienlo porque mataba a la gente, pero no digan que estaba loco.

Ninguno de esos tipos estaba loco, si uno empieza a estudiar la historia, a leer libros sobre el tema, a ubicarse en el país. Entonces, categorías como “estaba loco” hay que echarlas a un lado, tratar de mantener un control hasta donde sea posible, cierta objetividad, para no enamorarse de un héroe, de una heroína o una cosa así; entender que está tratando con seres humanos, en un terreno donde todavía no sabemos muy bien dónde estamos. Por eso la pregunta final es: ¿para dónde vamos? Los creyentes saben que van para alguna parte, los no creyentes creemos que no vamos para ninguna parte; entonces la historia, si es hecha por un creyente, va para el juicio final y si es hecha por un no creyente, no va para ninguna parte. ¿Qué pasará? No sabemos, ustedes elegirán qué les gusta más, ir para alguna parte o para ninguna.

Venezuela: vicisitudes de la joven república, 1830-1858

Elías Pino Iturrieta

Resumen. Al desintegrarse la primera república de Colombia, más conocida como la Gran Colombia, en Venezuela surgió el anhelo de crear una nación respetuosa de sus ciudadanos, donde se gobernara en términos circunspectos, se administrara justicia según los principios de la civilidad, en fin, se adoptaran las formas propias de una sociabilidad republicana. El autor, documentado en manuales cívicos y códigos morales, discursos, correspondencia, informes oficiales y memorias de la época, fuera de algunas obras recientes de historia social y de las ideas, explora nuevas facetas de las resistencias al mencionado proyecto, derivadas de las circunstancias que vivió la joven república entre 1830 y 1858. Aparte del consabido interés de los hombres de armas por procurar el cobro de los servicios prestados en el campo de batalla, y de la influencia de la Iglesia católica empeñada en conservar sus prerrogativas, dichas resistencias han pasado desapercibidas ante los estudiosos de este período.

Palabras clave. sociabilidad republicana, civilidad, formación de la nación, caudillos, Iglesia católica, militares, cárceles, incomunicación física, crisis económica.

Los días de la separación de Colombia se animan con el anhelo de crear una nación respetuosa de sus ciudadanos, en la cual se gobierne en términos circunspectos y se administre justicia según principios de civilidad. Para los fundadores de

la autonomía en 1830, los vestigios del coloniaje y el autoritarismo nacido durante la Independencia se debían reemplazar por un estado de derecho, a cuyo frente estuviera una generación de patriotas comprometidos con un concepto cabal de

república. Como se verá, sobran las muestras de este afán por la formación de una sociabilidad republicana cuando concluye la guerra contra España. Sin embargo, poco se ha mirado hacia las resistencias que la realidad ofrece al proyecto.

Es una idea generalmente aceptada, la de cómo la antirrepública siembra de escollos el trayecto de la modernización partiendo del interés de los hombres de armas que procuran el cobro de sus servicios en el campo de batalla, y de la influencia de la Iglesia católica que pretende el mantenimiento de sus inmunidades. Ahora no se quieren negar tales elementos, sino llamar la atención sobre otros sin cuyo conocimiento resulta imposible captar la magnitud de un enfrentamiento que persiste a través de la historia. La posibilidad de construir una república en Venezuela no depende sólo de tales factores, sino de la situación de crisis heredada de la guerra. La penuria generalizada, la carencia de recursos económicos, la ausencia de una burocracia organizada en los términos más escuetos y la resistencia de los hombres sencillos a un proyecto que se ofrece como una corona, cuando puede sentirse como un silicio, marcan el destino de un designio incapaz de fructificar.

Los caudillos y los clérigos son un formidable oponente, pero acaso no tan vigoroso como el abismo

que es el país mientras se anuncia el imperio de los principios por los cuales se ha luchado desde 1811. En adelante se analizará el pugilato de esa sociedad con las ideas republicanas, en el primer período de estabilidad que se vive luego de la fundación de la nacionalidad: 1830-1858. La posibilidad de una cohabitación pacífica, la aceptación por las élites de una legalidad apenas sujeta a leves modificaciones y la ausencia de una guerra civil tan redonda como la ocurrida al final del período, permiten la observación de un lapso homogéneo del cual manan los testimonios de los fenómenos sobre los cuales se quiere insistir.¹

Insinuaciones peligrosas

El empeño de enseñar la sociabilidad republicana comienza en el lustro anterior a la desmembración de Colombia, con la aparición de un texto titulado *Manual del colombiano o explicación de la ley natural*, redactado como catecismo para iniciar por el camino de la

1. Véase: Elías Pino Iturrieta, *Las ideas de los primeros venezolanos*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1992; Germán Carrera Damas, *Temas de historia social y de las ideas*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969. Caracciolo Parra Pérez, *Mariño y las guerras civiles*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1957.

ciudadanía a los hombres que abandonan los campamentos. Es el primer documento que condensa los ideales que se quieren imponer, y que no en balde llama la atención por su orientación antropológica y materialista. Veamos, por ejemplo, cómo habla del hombre sobrio:

El hombre sobrio y parco digiere con facilidad, y no se siente incomodado por el peso de los alimentos: sus ideas son claras y naturales; ejerce bien todas sus funciones; se dedica con inteligencia a los negocios; envejece sin llenarse de achaques, no malgasta su dinero en medicinas, y goza con alegría de los bienes que la suerte y su prudencia le proporcionaron.²

De inmediato, describe como sigue los problemas de la gula:

El glotón atestado de alimentos digiere con suma dificultad; su cabeza, trastornada con los vapores de una mala digestión, no concibe las ideas con claridad, se entrega violentamente a movimientos desarreglados de cólera y lujuria, que acarrearán luego graves daños a su salud; engorda con exceso, se entorpece y amodorra, y se inutiliza

para el trabajo; sufre enfermedades dolorosas que le causan también mil dispendios; rara vez llega a viejo, o su senectud viene acompañada de muchos sinsabores y dolencias.³

El texto hace la apología de la templanza partiendo de la consideración de los problemas que causa al hombre su antípoda, sin meterse en sermones de naturaleza moral como los que antes dirigía la cátedra religiosa. La gula y los golosos no son ahora un pecado capital y su encarnación, sino las evidencias de una conspiración contra la salud personal y contra el desenvolvimiento de la sociedad. El hombre sobrio no es un ejemplo de bienaventuranza, sino un modelo de conservación particular y de utilidad colectiva.

Tal consideración alejada del fin supremo de la salvación del alma, llega a observarse en temas como el libertinaje sexual. ¿Por qué prohíbe le ley natural el libertinaje, según el *Manual* de 1825?

Por los infinitos males que de él se originan a nuestra existencia física y moral. El hombre que abusa de las mujeres se enerva y enflaquece; no puede dedicarse a sus estudios, ocupaciones o trabajos; adquiere hábitos ociosos y dispendiosos, que al cabo le arruinan y menoscaban su crédito y su consideración pública; sus galanteos

2. *Manual del colombiano o explicación de la ley natural. Van añadidos los deberes y derechos de la nación y del ciudadano*, Caracas, Imprenta de Tomás Antero, 1825. Tomás Lander, *La Doctrina Liberal*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, Colección Pensamiento político venezolano del siglo XIX, 1962, t. 4, p. 69.

3. *Ibid.*, pp. 69-70.

le acarrearán mil cuidados, tropiezos, quebraderos de cabeza, pendencias y pleitos, sin contar las graves y terribles enfermedades que siguen en pos de todo esto, y la pérdida de sus fuerzas por un veneno interior y lento que le consume, el embotamiento de su espíritu por la extenuación del sistema nervioso y, por último, una vejez prematura y achacosa.⁴

Tampoco ahora se habla de pecado, sino de un atentado contra el organismo, contra la formación intelectual y contra la laboriosidad propia de las personas juiciosas. Tampoco se habla del infierno, sino del castigo terrenal del fracaso de unos sujetos cuyas pasiones impidieron que ocuparan el lugar que merecían en la comunidad. Es evidente cómo el *Manual del colombiano* arrima la brasa para la sardina de la responsabilidad de los individuos y del beneficio colectivo, sin detenerse en las consecuencias de un yerro que se cobrará en el Juicio final. El más allá ganado en este valle de lágrimas no es asunto de la Colombia que pronto se convertirá en Venezuela. Aún en el planteamiento de asuntos que las enseñanzas tradicionales encerraban en el marco de las virtudes y los vicios, la cátedra llega a pronunciamientos que se pueden tornar escandalosos. Tales los casos de sus miradas ha-

cía los asuntos de la pobreza y la riqueza.

“¿Es la pobreza un vicio?”, pregunta el texto para establecer la valoración de una realidad juzgada en el pasado de manera diversa. Veamos la respuesta:

No es un vicio; pero más daña que aprovecha, cuando es, como vemos muy comúnmente, o principio o resultado de otro vicio; y entonces si ya no lo es, tampoco es virtud; porque los vicios individuales tienen la particularidad de conducir a la indigencia o privación de lo más indispensable para satisfacer las primeras necesidades, y cuando un hombre carece de lo necesario, está muy tentado o muy cerca de pretender adquirirlo por medios viciosos, es decir, perjudiciales a la sociedad.⁵

El párrafo puede sorprender a quienes se habían formado en la estrechez de los espacios estamentales. Los hombres a quienes se había enseñado que vivirían hasta la consumación de los siglos en un estado irreductible cuya vigencia dependía del orden de las cosas establecido por Dios, oyen la voz de un magisterio que borra las antiguas diferencias, o que permite la alternativa de que cada quien las borre si está en su voluntad personal. Ahora la pobreza no es un designio

4. *Ibid.*, p. 71.

5. *Ibid.*, p. 74.

inmutable de la Providencia, o un camino sin encrucijadas hacia la presencia de Dios, sino la consecuencia de una actitud personal y de una irresponsabilidad frente al prójimo.

Cuando habla de la riqueza, esto es, de una meta que puede estar al alcance de la mano por obra de la laboriosidad, igualmente se aventura con postulados atrevidos:

No es una virtud; pero tampoco vicio cuando se adquirió honradamente. Su uso es el que podemos graduarle de virtuoso o vicioso, según sea útil o perjudicial al hombre y a la sociedad. La riqueza viene a ser como la ciencia o la fortaleza, un instrumento cuyo uso y manejo, bueno o malo, determinan la virtud o el vicio.⁶

La aproximación tan proclive a la comprensión de un fenómeno que antes se vinculaba con la culpa de los mortales, con faltas como la avaricia y la codicia y con la prevención de llevar la hacienda con cuidado para pasar el ojo de la aguja advertido por los evangelios, concluye la receta proveniente de la "ley natural" que se ofrece para que la república se llene de republicanos. Seguramente se habrá observado la novedad de sus enseñanzas, pero conviene calcular lo que debió tener de incómoda pedagogía.

6. *Ibid.*, p. 75.

En 1833, José María Vargas, futuro Presidente de la República, afirma: "La felicidad no puede salir de las acciones del gobierno, como pensaban hasta hace poco los venezolanos. La felicidad sale de los interesados, y únicamente de ellos".⁷ En 1837, *El Nacional* copia un "código moral" atribuido a Benjamín Franklin, en el cual se aconseja:

No comas hasta la saciedad, ni bebas hasta la exaltación [...] Resuélvete a ejecutar tus deberes; ejecuta sin falta tus resoluciones [...] no gastes sino en provecho de otros o de ti mismo, esto es, nada malgastes [...] evita todo fraude pernicioso, piensa con inocencia y justicia; y cuando hables, habla de conformidad con estos principios.⁸

En 1842, el ministro del Interior quiere que se divulguen las sugerencias de "Un Ilustre Español", que acaba de leer en un periódico de Madrid. Dice a sus subalternos:

Viene bien para escribir en los papeles de la imprenta. Hay cuatro o siete consejos para

7. José María Vargas, "Discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País, el 3 de febrero de 1833", en: *Liberales y conservadores. Textos doctrinarios*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, Colección Pensamiento político del siglo XIX, 1962, t. x, p. 208.

8. "Código moral del Doctor Franklin", en: *El Nacional* (82), Caracas, 29 de octubre de 1837.

repetir: que se huya de la pobreza; que se trabaje, sin perder el tiempo en minucias y rumores; que entiendan el bien propio como igual al ajeno; los inconvenientes del boato y la molicie; de las familias lujosas a las familias haraposas; que el desaseo no es bueno; y que uno para todos y todos para uno, etcétera y etcétera.⁹

En 1845, en medio de una crisis económica, el ministro de Hacienda se conforma con repetir la receta: "Trabajo y economía por parte de los ciudadanos; caminos, inmigración y policía por parte del gobierno. Obre cada uno en su respectivo círculo; no busquemos excentricidades porque nos iremos a vagar en el caos".¹⁰

Las enseñanzas y las decisiones oficiales pueden tomarse como una provocación. Ahora resulta que el triunfo frente a España no es el comienzo de una época dorada. Es apenas el arranque de una etapa cuya evolución no dependerá, como antes, de las autoridades constituidas y del favor de Dios. Para que sean realidad los anuncios de grandeza que se vienen haciendo desde 1811, hace falta que los venezola-

nos se conviertan en hombres sobrios y trabajadores, en seres comprometidos con los demás. El proceso que comienza no se da simplemente en el orden de las cosas, según los testimonios, sino que depende ahora y dependerá en el futuro de la actitud de quienes deben convertirse en ciudadanos, esto es, de todos los hombres a quienes espera la obligación de ser republicanos. Entendido desde tal perspectiva, más que un motivo para felicitarse, el mensaje se puede sentir como una camisa de fuerza a la que se sujeta la gente sencilla por mandato de un grupo de personas que ahora imponen sus criterios en nombre del bien común.

Cada letra de estas conminaciones es una disciplina que debe asumir por fuerza una sociedad que tal vez confiaba en un porvenir menos exigente. No se está frente a sugestivos llamados, sino ante la posibilidad cierta de pagar el delito de la pereza. En el discurso de José María Vargas que ya conocemos, el auditorio escucha el anuncio de escarmientos como los siguientes:

Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica, han llevado a un verdadero refinamiento el celo de la ocupación. Allí es el industrioso con exactitud discriminado del hombre improductivo; y mientras las medras de la fortuna y los goces, la estimación y los honores, la influencia de los negocios públicos y la

9. Nota del Señor Ministro para proposición, Caracas, septiembre de 1842. Archivo General de la Nación (AGN), Interior y Justicia, tomo XLVI, fol. 114.

10. Ver: Elías Pino Iturrieta, *País archipiélago, Venezuela, 1830-1858*, Caracas, Fundación Bigott, 2001, p. 74.

gloria halagan de todos modos al primero, esquivan y desprecian al segundo. Con el compás exacto de una vigilancia prolija gradúan y distinguen la ociosidad culpable de la voluntaria, forzando aquélla a las casas de corrección, y ésta a los establecimientos de trabajo o a los asilos de la impotente mendicidad. Apenas la absoluta invalidez se exime de la ocupación y gravita sobre el pueblo; y aun ella misma está sujeta a una regla tan estricta en las parroquias, que ni deja perecer al verdaderamente impedido, ni confundir con éste al que no lo merece.¹¹

Si se convertían en realidad los modelos tomados de Inglaterra y los Estados Unidos, muchos venezolanos serían despreciados por su condición parasitaria y hasta darían con sus huesos en un correccional.

Los plácidos y los apáticos

Para entender las posibilidades de desgarramiento que tales argumentos pueden provocar en el ánimo de los destinatarios, acudamos al testimonio de un par de observadores extranjeros. Así, por ejemplo, David Ten, un comerciante holandés que escribe en 1836 al ministro del Interior, manifiesta ante el fun-

cionario su alarma por el ocio de los venezolanos. Dice:

En cada parte viven en dejadez, sin preocuparse por lo que pasa en las otras partes, y no hay manera de llevarles una idea para que cambien como viven. Es igual que si es de mañana o de tarde, o si hay tranquilidad o pelea en las otras partes, en lo que no se importan ni saben lo que pasa, por estar en su apartamento. Esto es lo que digo que no puede ser.¹²

Es evidente cómo sugiere la necesidad de promover en la autoridad un celo capaz de cambiar las costumbres de unos hombres que viven a su manera porque no existen pautas capaces de obligarlos a comportarse de manera diversa. El forastero juzga en términos despectivos la existencia de unas formas autárquicas de conducta reñidas con los valores del trabajo, el esfuerzo y la competencia, pero jamás piensa en la alternativa de que los sujetos observados quieran modificar sus hábitos. Si ciertamente viven en placidez, sin capataces del gobierno ni manuales de civilidad, sin mandamientos ni obligaciones con sus pares, ¿estarían dispuestos a ser distintos?

11. José María Vargas, *Op. Cit.* p. 216.

12. Correspondencia de David Ten, del comercio de los Países Bajos, al Secretario de lo Interior, Caracas, 22 octubre de 1836. AGN, Interior y Justicia, tomo XLXX, N° 20, fol. 1.

Pal Rosti, un viajero húngaro de 1857, insiste en el tema y se atreve a proponer una explicación. Conviene detenerse en una descripción tomada de sus *Memorias de un viaje por América*:

Dirijámonos a aquel mozo color café, que recostado indolentemente en la pared, parece no pensar sino en su cigarro que ahora mismo le ha preparado una joven mulata, y formulémosle la recién surgida pregunta: ¿Y por qué, señor? responde con los ojos entreabiertos y somnolientos; ¿Para qué voy a trabajar?; el alimento necesario se da en todos los árboles; sólo debo estirar la mano para recogerlo, si me hace falta una cobija, o un machete o un poco de aguardiente, traigo al mercado algunos plátanos —u otras frutas— y obtengo abundantemente lo que deseo, ¿para qué más? no la pasaría mejor ni que fuese tan rico como el señor X o Y. Y así siente y opina cada peón de Venezuela.¹³

Conformes con lo que tienen a mano, los peones la pasan plácidamente. Los tirones de un ambiente cuya generosidad no reclama labores de envergadura, mucho menos sacrificios trascendentales, conspi-

ran contra la formación de individuos emprendedores y contra la alternativa de pensar en asuntos tan importantes como el gobierno y la economía nacionales. Esos hombres no han incorporado a sus vivencias la noción del trabajo, ni los valores que la soportan. Pero tampoco muestran interés en recibir informaciones sobre el asunto. Están contentos de que las cosas funcionen como funcionan, sin turbarse siquiera por los comentarios despectivos y racistas de un viajante húngaro.

Otro fragmento de Rosti ofrece valiosas pistas sobre tal estado de placidez, y sobre cómo los planes de república podían estorbarlo. Agrega más adelante:

Esta gente no tiene idea clara de las distancias y del tiempo. Nunca pude saber, con seguridad, cuánto distaba una comunidad de otra. Decían cerca o lejos [...] No se podía confiar en las medidas de distancia. Lo mismo pasa con el tiempo. Mientras el campesino húngaro puede decir la hora con puntualidad asombrosa [...] los de aquí parece que no conocen ni la división del sol en horas. Muchas veces me dijeron que serían las siete, cuando eran por lo menos las diez.¹⁴

El desdén por el reloj y el desaire de las lejanías se advierten como sinónimos de atraso e ignorancia. La

13. Pal Rosti, *Memorias de un viaje por América*, citado por Elías Pino Iturrieta y Pedro Calzadilla, *La mirada del otro. Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*, Caracas, Fundación Bigott, 1993, p. 110.

14. *Ibid.*, p. 125.

miopía del europeo civilizado no puede desembocar en la pregunta que incumbe a nuestro tema: ¿necesitaban los venezolanos de la época el yugo de los cronómetros? La independencia en relación con los relojes los libra de obligaciones, mientras concentra la rutina en los límites de una parcela que se puede manejar sin agobios. Ciertamente algo terrible para los viajeros formados en otra lectura de la vida, pero una situación idílica para quienes la disfrutan. No resulta peregrino imaginar la pena que debieron causarles las prescripciones de república en las cuales se empeñaban los notables de Caracas: podían conducir a la desaparición de sus paraísos.

Uno de los problemas que debían superar los gobiernos de la época, consiste en la dificultad para encontrar colaboradores. Bien porque se resisten a perder el edén, como los tranquilos habitantes que acabamos de conocer, pero indudablemente por una indiferencia digna de atención, la administración convoca a los empleados y los empleados no aceptan la invitación. Las solicitudes chocan con una apatía o con una reacción negativa, debido a las cuales podemos suponer que se hace difícil la marcha del Estado. El desinterés por el ejercicio de las funciones públicas es entonces una constante.

Siete meses después que el presidente Páez llegara a Caracas,

protegido por su aureola de guerrero y rodeado de las simpatías del partido anticolombiano, un político de la intimidad refiere las dificultades para encontrar colaboradores en Valencia: "Ni siquiera en esta ciudad tan afecta, aparece gente que sirva los empleos, aunque se les implore".¹⁵ Una carta que llega tres años más tarde al despacho presidencial, procedente de Mérida, insiste en la situación:

Aquí nadie quiere trabajarnos, lo que ha producido diez y seis vacantes en provincia, jueces, escribanías, intendencias y guardias, pero sin que tengamos molestias de la población; eso quiere apuntar a la rareza de la falta, que no tiene origen en descontento por lo que venimos haciendo por las órdenes acertadas del Señor Presidente.¹⁶

Los informes hablan de una indiferencia inexplicable, debido a que no obedece a reacciones negativas ante la acción oficial.

En 1837 se produce una estampida cuando las asambleas escogen funcionarios dependientes del Concejo Municipal de Caracas. Es tan abultada la seguidilla de candidatos resistidos a aceptar los cargos, que

15. Ángel Quintero al Presidente de la República, Valencia, 2 de agosto de 1831. AGN, Interior y Justicia, t. cxx, fol. 25.

16. José Uzcátegui al Presidente de la República, Mérida, 11 de marzo de 1834. AGN, Interior y Justicia, t. cxxii, fol. 301.

la prensa la describe con detenimiento. *El Conciso* llega a decir que existe una especie de "Canciller de inválidos", llamado Esculapio, quien gana mucho dinero aportando excusas para que sus clientes eviten el trabajo en la cámara edilicia. Algunas de tales excusas son extravagantes, de acuerdo con el periódico, no en balde un sujeto presenta ante sus empleadores, para escapar del cargo para el cual lo solicitan, una Pragmática de Felipe IV fechada en febrero de 1623.¹⁷ Un famoso abogado a quien se consulta sobre la situación, Felipe Fermín Paúl, se preocupa por la falta de "espíritu público" que reina en el país.¹⁸ La situación persiste en 1848, según noticias que debemos al gobernador de Ciudad Bolívar:

Acontece con frecuencia que se elige a un individuo para servir un destino, y ocurre a un médico que le libra una certificación en que consta que el elegido padece éste o aquel otro mal, que por razones que el médico tiene buen cuidado de especificar, le imposibilitan para estar sentado, si el empleo es sedentario, moverse si su desempeño requiere ejercicio corporal, etc.¹⁹

17. "Cargas concejiles", en: *El Conciso* (2), Caracas, 21 de enero de 1837.

18. *Ibíd.*

19. José Tomás Machado al Presidente de la República, Ciudad Bolívar, 18 de enero de 1849. AGN, Interior y Justicia, tomo CCCLXXXVII, fol. 314.

Un extenso informe de 1857, incluye una elocuente estadística de indiferentes y renuentes. De acuerdo con su contenido, en 1852 se presentaron catorce excusas por matrimonio y dos por enfermedad, para el ejercicio de cargos concejiles en Caracas. En 1853 diez personas se negaron a trabajar como escribientes en los tribunales de diversos lugares, debido a que sufrían, sin excepción, afecciones asmáticas que recrudecían por el contacto con los papeles polvorientos de los archivos. En 1854 seis jóvenes escogidos para trabajar en los hospitales de Caracas y Valencia se excusaron por el peso de numerosos achaques, pese a que ninguno había cumplido los veinte años de edad. Además, la presentación de cinco actas de matrimonio había impedido la atención de plazas en los despachos de rentas de Puerto Cabello y Maracaibo. Sólo una de tales explicaciones tenía sentido, según la fuente, no en balde alguien probó el impedimento de su analfabetismo. En 1855 nueve negativas por enfermedades como "torcedura de una pierna", "pasma barrigal", "sarna y granos regados en cara y cuerpo", impiden que se cubran iguales plazas para maestros de primeras letras.²⁰

20. Memoria que dirige el doctor Ángel Santos al señor Presidente por su encargo, Caracas, 4 de noviembre de 1857. AGN, Interior y Justicia, t. LXXXIX, fols. 498-500.

En 1857 se recogen tres casos que le parecen excéntricos al redactor del informe: Julián Méndez se niega a ser juez porque no tiene caballo, Mariano Solarte no quiere estrenarse como limpiador de una magistratura porque no tiene con quien dejar a su abuelita, y Elio Torres, para eximirse de la obligación de coordinar el correo, jura que "le tiene miedo al invierno". La falta de una bestia es una razón de peso en un país incomunicado, pero el afecto del nieto y el temor a las tempestades seguramente sean causas que remiten al argumento expresado por el jurisconsulto Paúl veinte años antes, el único personaje de la época que llega a dar una explicación sobre la dificultad que existe para la formación de la burocracia: los hijos de la república naciente carecen de "espíritu público".²¹

En todo caso, la gélida respuesta a las solicitudes del Ejecutivo apunta hacia uno de los resortes principales del problema: como no se sienten responsables de la suerte de la república, los venezolanos rechazan los empleos. Ni siquiera atienden el llamado de famosos hombres de armas, como los presidentes José Antonio Páez y José Tadeo Monagas, para adquirir un compromiso mínimo con la nación que acaba de establecerse.

21. *Ibíd.*

Incompetencias y penurias

Pero, ¿qué sucede con los que aceptan las comisiones? En general, no están capacitados para cumplirlas. Los que atienden de grado, o a regañadientes, la obligación de trabajar para el gobierno, carecen de formación para la atención de un servicio aceptable en mínimo grado. Es evidente cómo cualquier empeño de implantación de la sociabilidad republicana, o el cumplimiento de las leyes que se promulgan después de 1830, apenas cuentan con un ejército de ejecutantes ineptos. Veamos algunas muestras del problema.

En 1834 no se pueden contratar escribientes en Trujillo: "los candidatos mueven la pluma con demasiado trabajo".²² Tres años más tarde, las autoridades de Guanare se quejan de unos empleados porque "no tienen conocimiento de ninguna instrucción y conocen la ley de oídas".²³ El gobernador de Maracaibo se lamenta en 1839 por "lo mal que nos va por la desconfianza que crea la falta de experiencia y de saber de los hombres que acuden a los empleos de los concejos, los

22. El Gobernador de Trujillo para el Secretario de lo Interior, Trujillo, 16 de febrero de 1834. AGN, Interior y Justicia, t. CLI, fol. 19.

23. Comunicación del Jefe Político de Guanare, Guanare, 9 de septiembre de 1839. AGN, Interior y Justicia, t. CLXXVIII, fol. 119.

juzgados y también la casa de gobierno. No son instruidos en materias simples, ni tampoco se acostumbran a sujetarse a un calendario de obligaciones".²⁴ "Ningún empleado sirve para nada, garabatean, ensucian el papel, no se saben vestir, no van a las audiencias del Superior y duermen desde las doce hasta las tres", denuncian desde Valle de la Pascua en 1840.²⁵ De acuerdo con un informe de 1841, el jefe político del cantón Tocuyo no puede nombrar comisarios de policía debido a que: "En la mayoría de las parroquias y lugares no hay individuos que sepan firmar, a la vez que este requisito es necesario, pese a que algunos son miembros de las juntas comunales".²⁶

¿Se pueden escoger personas con ese impedimento?, pregunta el desesperado gobernador de la provincia. La respuesta no termina su calvario, pues se limita a decir: "Donde haya individuos que no reúnan las calidades de la ley para comisario de policía, miembros de

las juntas comunales, no deben nombrarse porque la población no lo permite".²⁷ Si el caso no se limita al cantón Tocuyo, como se desprende de la precariedad del panorama, una contestación así de tajante cierra las posibilidades de un desenlace satisfactorio. El problema se hace más arduo, si nos detenemos en un informe que la municipalidad de Obispos redacta en 1853. Expresa:

El artículo 74 autoriza a los Concejos Municipales para nombrar Comisarios de Policía en las poblaciones y lugares que a su juicio lo necesiten, y estos ejercerán sus funciones bajo la autoridad del Jefe Político y Jueces de Paz, no expresando dicho artículo qué cualidades deben tener dichos Comisarios; y a pesar de que el 64 explica las cualidades que deben reunir los que se elijan para Jueces de Paz, Síndicos parroquiales y miembros de las Juntas de Policía, los concejos municipales y aun el mismo Gobierno se ven embarazados para resolver la duda.²⁸

Como se observa, predomina la incertidumbre sobre una función necesaria para el desenvolvimiento de la rutina. Se echan de menos los

24. El Gobernador de Maracaibo al señor Ministro de lo Interior, Maracaibo, 1 de mayo de 1839. AGN, Interior y Justicia, tomo cxxx, fol. 2.

25. Comunicación del Valle de Nuestra Señora Pascual, 14 de mayo de 1840. AGN, Interior y Justicia, t. cxxxix, fol. 49.

26. El Gobernador de la Provincia de Barquisimeto consulta lo que debe hacerse cuando en una parroquia no se encuentran individuos aptos para comisarios, Barquisimeto, 29 de enero de 1841. AGN, Interior y Justicia, t. ccxxviii, fol. 414.

27. *Ibid.*

28. Informe de la municipalidad de Obispos, indicando mejoras en algunos ramos de la administración, Obispos, 23 febrero de 1853. AGN, Interior y Justicia, t. cdlxxix, N° 1, fol. 3 vto.

comisarios de policía, pero nadie sabe a ciencia cierta cómo deben ser. Ni siquiera en Caracas, por medio del Congreso o desde el despacho de los ministros, se puede disipar la perplejidad.

Tampoco se puede pensar en la posibilidad de dotar adecuadamente las oficinas en las cuales deben trabajar aquellos empleados capaces de cumplir su función, o los mismos ineptos que han hecho desfilar los testimonios de entonces. El presupuesto del Estado no alcanza para el arreglo de los lugares en los cuales debe desempeñarse la atención del público, o donde se deben transmitir las ideas republicanas que mueven a los líderes. La incipiente burocracia está condenada a servir en lugares devastados por la desolación que provocó la guerra de Independencia, por la ausencia de dineros para el remozamiento o tal vez por la incuria. Son espacios en los cuales difícilmente se pueden atender en una escala aceptable las necesidades de la población, o pasar el horario de labores en un ambiente medianamente hospitalario.

En 1832 un enviado del presidente Páez escribe unas notas sobre el estado de las oficinas en Valencia, Puerto Cabello, San Carlos y Guanare, que presenta un cuadro desesperanzador:

La gestión de gobierno no se puede realizar en ninguna de las ciudades, por la falta de los re-

ursos mínimos. No hay mesas, no hay sillas, no hay muebles del archivo, no hay escaparares, no hay bandera nacional, muchas veces sin puertas y sin ventanas, derrumbados los techos y perdida toda la pintura de las paredes, no hay establecimiento, llámese Prefectura o Pagaduría, que no sea una pobre covachuela. Habrá que hacer un gasto especial, para que estos establecimientos se levanten, siquiera por lo menos en pequeña proporción.²⁹

El informe coincide con las quejas de la Corte Superior de Valencia en 1836, que describe así el estado de su sede: "La casa necesita un reparo de todos sus techos, pues con dificultad se encuentra en ellos un lugar exento de goteras".³⁰ De acuerdo con un documento enviado por el gobernador de Maracaibo en 1839, las oficinas de su jurisdicción están en abandono, incluyendo su propio despacho, pues sólo tiene "media docena de sillas bien conservadas para atender colaboradores y visitas".³¹ Dos años más

29. Comunicación de Pablo Urbaneja para el señor Presidente, Valencia, 10 de julio de 1832. AGN, Interior y Justicia, t. xxx, fol. 90.

30. Informe de Pedro Estoquera, de la Corte Superior del Tercer Distrito Judicial, Valencia, 4 de octubre de 1836. AGN, Interior y Justicia, t. LXXXIX, fol. 77.

31. El Gobernador de Maracaibo para el señor Secretario de lo Interior, Maracaibo, 19 de febrero de 1839. AGN, Interior y Justicia, t. LXVI, fol. 1.

tarde llega una noticia semejante del gobernador de Barcelona, quien dice sentir vergüenza por el abandono de la residencia oficial.³² En 1848 don Andrés Level de Goda, un conocido hombre público, comunica las primeras impresiones que le ha producido la oficina en la cual se estrenará como juez de Primera Instancia del Circuito 31, y de la conducta que asume ante la situación. He aquí la descripción del lugar y de sus aprietos:

Sólo encontré cuatro escuetas paredes de una sala y aposento para mi habitación que me vale diez pesos de alquiler, y nada de útiles para el trabajo, en que no había ni hay colección de leyes venezolanas, ni códigos de procedimiento, ni gacetas, y menos leyes colombianas, de modo que actué unas veces por mis principios, y otras por alguna ley que me presta el juzgado parroquial, donde tampoco está la orgánica de provincias, cuya falta me ha puesto en conflicto no pocas veces.³³

El testimonio es elocuente. La aplicación de las leyes, reducida a los límites de un esmirriado espacio físico en el cual se carece de los

materiales básicos, depende, a lo sumo, de la diligencia de algún funcionario preparado para la función, pero también de su subjetividad, de lo que pueda entender y hacer en medio de la desolación. Como sabemos de la falta de tales funcionarios a escala nacional, abundan razones para entender la renuencia de la sociedad, que no quiere convertirse de veras en republicana, a la que no le parece sugestivo el mensaje, o las dificultades que esperan al designio modernizador. ¿Se pueden describir mayores estragos en un área de entidad para la administración de la república?

Sí, ciertamente, si echamos un vistazo a las cárceles. Ya en 1831, advierte sobre la situación el ministro de lo Interior, Antonio Leocadio Guzmán, en la *Memoria* que presenta ante el Congreso:

En toda Venezuela no hay un edificio que pueda llamarse adecuado para la detención y seguridad de los presos [...] es asombroso el descuido que se nota en este ramo, y es tan importante su mejora, cuanto que de ella depende, en gran manera, la administración de justicia".³⁴

32. Correspondencia del Gobernador de Barcelona para el señor Presidente, Barcelona, 20 de febrero de 1841. AGN, Interior y Justicia, t. XLXXXIX, fol. 44 vto.

33. Provincia del Guárico. Don Andrés Level de Goda para el señor secretario en los despachos del Interior y Justicia, Calabozo, 25 de noviembre de 1848. AGN, Interior y Justicia, t. CCCLXXXII, fol. 284.

34. *Memoria sobre los negocios correspondientes a los despachos del Interior y Justicia del gobierno de Venezuela, que presenta el encargado de ellos al Congreso Constitucional del año 1831. La doctrina Liberal.* Antonio Leocadio Guzmán, Caracas, Colección Pensamiento político venezolano del siglo XIX, Presidencia de la República, 1961, vol. 5, p. 124.

En 1843 no ha cambiado la situación, según asegura el diputado Tomás Lander a través de *El Relámpago*:

La cárcel que tiene Caracas es una mansión de horrores. El venezolano que se ve encarcelado deprava su moral con la vista de los objetos que lo circundan, se degrada a sí mismo, porque cuanto ve y cuanto oye lo empuerca y lo envilece, y se familiariza con el crimen por el inmediato roce en que la sociedad lo coloca con todos los criminales.³⁵

La situación permanece en 1856, pues un informe para el ministro del ramo lamenta que las refacciones en el edificio y la insistencia con que se ha pedido el cumplimiento de las normas que benefician a los reclusos no hayan parado en nada bueno: "Así ha estado desde el coloniaje y parece que continuará para vergüenza nuestra, para escarnio de la justicia y de la vida republicana".³⁶ Pero el lugar que por fin estrena nuevas construcciones no varía la rutina en su interior. Denuncia *El Candelario*, en su edición de 5

de noviembre de 1851: "No es cárcel, sino un lugar calculado para hacer morir muy en breve a un hombre en medio de los tormentos más atroces".³⁷

Tales escarnios y descuidos no se sufren únicamente en los calabozos caraqueños, según puede desprenderse de un vistazo por otros apremios miserables y ofensivos. Pedro María Ortiz, preso en Angostura, se queja en 1833 de que lo están matando de hambre junto con otros infortunados. En la fortaleza de Maracaibo viven hacinados los prisioneros, hasta el punto de que se busca la manera de realizar traslados hacia Puerto Cabello para evitar "horribles consecuencias de orden público".³⁸ El alcaide pide trámites urgentes en oficio que dirige a la Corte Superior el 23 de junio de 1835, debido a que la explosión demográfica puede desembocar en asonada.³⁹ Una pequeña prisión establecida en Caucagua sólo cuenta con siete detenidos en 1837, de manera que la extrema incomodidad y los riesgos no son sus asuntos. Sin embargo, carece de archivos para guardar las sentencias y tiene apenas "dos celdas de regular tamaño

35. "Notas o apuntamientos", en: Tomás Lander, *La doctrina Liberal*, Caracas, Presidencia de la República, Colección Pensamiento político venezolano del siglo XIX, vol. 4, 1961, p. 598.

36. Oficio sobre el tema de la cárcel, para el secretario de E. en los despachos de Interior y Justicia, Caracas, 16 de mayo de 1856. AGN, Interior y Justicia, t. DLXXX, fol. 290.

37. *Cárceles*. *El Candelario* No. 77, Caracas, 5 de noviembre de 1851.

38. Inspección del Gobernador a la cárcel de Angostura, Angostura, 27 de junio de 1833. AGN, Interior y Justicia, t. LXXI, fols. 163-164.

39. Petición ante la Corte Superior del Centro, Maracaibo, 23 de junio de 1835. AGN, Interior y Justicia, t. CIX, fols. 9-11.

para meter hombres y mujeres". Además, el único guardia del lugar permite durante los fines de semana la salida de algunos presos de su amistad.⁴⁰ La casa que sirve de cárcel y de cuartel en Cariaco en 1848, es una verdadera ruina: "Hállase la existente en el mayor estado de deterioro, amenazando aplastar a los pobres que dentro están".⁴¹

Según expediente formado por el juez de primera instancia de la provincia de Barcelona, a la altura de marzo de 1839 la penitenciaría de la localidad es un caos. Como funciona en una propiedad alquilada que antes servía de domicilio familiar, carece de los mínimos requisitos de seguridad. Los cautivos hacen lo que les viene en gana, no sólo por lo inapropiado del lugar, sino también por la complicidad de los escasos e irresponsables celadores:

Dos reos criminales se han fugado de ella sin la menor dificultad y sin la más pequeña culpabilidad de persona alguna. Diez y siete criminales existen actualmente y puede decirse que más por no agravar su crimen que por el impedimento para fugarse o cometer otro mayor. Dos hombres indígenas

que por lo regular son inexpertos y estúpidos forman la custodia de la cárcel. Estos mismos están enfermos y la ronda de policía y los porteros de las oficinas que por las leyes de esta Provincia están obligados a cuidar la cárcel, no lo hacen [...] al contrario, cuando están en ella es para entrar en roce y bebezones con los mismos presos, según informes privados.⁴²

No estamos ante un caso insólito, pues de la prisión de Barquisimeto llegan noticias parecidas en 1853:

Considerando el carácter indómito de la mayor parte de los encausados y los excesos que se cometen dándoles dinero, sin embargo de la vigilancia de los alcaides, se proporcionan licores y se entregan a juegos de azar y suerte, de que resultan pleitos de gravedad, tanto que ayer un preso, por motivos de esta especie, hirió cruelmente a otros.⁴³

En breve se enteró el ministro de que en la prisión de San Cristóbal es usual que los presos porten armas, con las cuales atemorizan a los carceleros y de las cuales se valen

40. Pedro Istúriz para el señor Ministro de lo Interior, Caucagua, 4 de agosto de 1837. AGN, Interior y Justicia, t. LXXXV, fol. 270.

41. Correspondencia del jefe político para el señor Secretario en el despacho del Interior, Cumaná, 25 de abril de 1849. AGN, Interior y Justicia, t. cccclxxii, fol. 3.

42. Copia del expediente remitido a la Corte Superior de Justicia del Segundo Distrito, Caracas, 23 de marzo de 1839. AGN, Interior y Justicia, t. CLXXXVI, fols. 153-154.

43. El jefe político informa sobre condiciones de la cárcel, Barquisimeto, 8 de abril de 1853. AGN, Interior y Justicia, t. CDLXXXI, fols. 347-348.

para escandalizar mientras juegan a los naipes. Se niegan a desyerbar las calles. Sólo asisten cuando de-sean a los oficios religiosos. Han convertido una de las celdas en una especie de bar, en el que venden sin ocultamiento botellas y copas de aguardiente.⁴⁴ Los delincuentes han hecho de su galera un club, en suma.

Deseos y explicaciones

En el lapso estudiado, los repúblicos de Venezuela quieren convertir en realidad los principios que se esfumaron durante la guerra y que permanecen apenas como una posibilidad pese a su proclamación en 1810. Juan de Dios Picón, diputado por Mérida a la Asamblea Constituyente de 1830, se refiere a la tarea cuando insiste en la necesidad de sancionar "los derechos sagrados de libertad, igualdad y seguridad [...] porque estas garantías han estado siempre escritas, mas nunca se han cumplido".⁴⁵ Ante la misma congregación de padres conscriptos, el presidente Páez confía su sueño más caro:

Veo ahora en esta sala triunfando la filosofía de mil siglos de

errores, veinte años de gloria que en Venezuela ha consagrado a su Independencia y a la Patria enjugando las lágrimas de sus pasadas desgracias. Veo la libertad manifestando su predominio en su propio suelo, la igualdad risueña victoreando los eternos principios de la justicia; la anarquía ahogada por el patriotismo y la sabiduría, firmando la existencia de este naciente Estado.⁴⁶

De inmediato el presidente del cuerpo, Francisco Javier Yanes, anuncia una era regida por la observancia de la ley, el amor al orden y la consagración al servicio de la patria.⁴⁷ El señor Cabrera, el señor Osío, el señor Labastida, el señor Quintero, el señor Ayala y otros representantes del pueblo sentados en los escaños, aplauden y llegan a llorar ante la profundidad de los mensajes.⁴⁸ Estamos frente a la retórica, la intención y la emoción de los años fundacionales. Quizá tales deseos y sentimientos les lleven a subestimar la queja que en breve presenta el diputado Alejo Fortique, una queja capaz de ayudarnos a entender cómo, en menos de tres décadas, se va el gozo de los republicanos al foso de la antirrepública. Encargado de supervisar la copia de las actas de la Asamblea Constituyente, Fortique anuncia que no pue-

44. Expediente sobre cárcel y detenimientos de San Cristóbal, San Cristóbal, 9 de noviembre de 1853. AGN, Interior y Justicia, t. CDLXXXII, fol. 201.

45. *Actas del Congreso Constituyente de 1830*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1979, t. II, p. 11.

46. *Ibid.*, t. I, p. 22.

47. *Ibid.*

48. *Ibid.*

de cumplir el cometido por la falta de amanuenses capacitados:

Habiéndose sujetado el taquígrafo a hacer una prueba de si podría llevar solo el debate, se le previno por la Comisión que le presentase el siguiente día sus trabajos, comprometiéndonos todos los miembros a poner el mayor cuidado en la discusión; pero no dio cumplimiento a lo que se le encargó, y transcurrieron algunos días sin dar sesiones traducidas, hasta ayer que me entregó una bastante atrasada. Sin embargo, debo también exponer al cuerpo que el taquígrafo se excusó, manifestándome que la causa había sido no tener más que un escribiente, y que era imposible que uno solo pudiese estar día y noche escribiendo lo que dictase.⁴⁹

Usualmente no se pondera la existencia de trabas como las que menciona el diputado, pero no son un detalle trivial. Nos informan sobre unos límites provocados por la situación del país, en torno a los cuales difícilmente se puede promover un cambio radical. Ahora no estamos ante una reunión pueblerina, sino ante la primera congregación de padres conscriptos, un suceso alrededor del cual deben convocarse, si no todos los recursos, aquellos elementales. Pero vemos cómo escasean, hasta el punto

de impedir el duplicado de los debates. Si así ocurre en un círculo de trascendencia, se puede pensar en situaciones extremas que permitan observar la lejanía entre el deseo y la ocasión de fabricar un país parecido a Francia, Inglaterra o los Estados Unidos.

Pormenores de esta naturaleza ayudan a entender por qué en la Venezuela de entonces no puede triunfar la filosofía frente a "mil siglos de errores", como deseaba José Antonio Páez. O por qué se tiene que esperar la posteridad para plantear nuevamente los retos de la igualdad ante la ley, del Estado como guardián del bien común y como servidor de la ciudadanía, del papel ineludible del individuo frente al destino de la colectividad. O la razón que impide que debates usuales en el vecindario latinoamericano de entonces, apenas ocupen espacios tangenciales de la vida. Así, por ejemplo, el relativo a la abolición de la esclavitud. O el motivo que les sirve la mesa a los dictadores, a los caudillos y a los personalismos menores. Debe considerarse cómo el país viene apenas saliendo del proceso de la Independencia, que no ha sido una vendimia gozosa, sino una devastación debido a cuya influencia han podido proliferar los escollos que minan en todas partes el derrotero de la república.

Según apunta José María Pelgrón, un activista de la Sociedad

49. *Ibid.*, t. I, p. 289.

Económica de Amigos del País, en 1831:

La sociedad trabaja sobre un campo devorado por las llamas de una guerra desoladora, que sólo ha dejado cenizas y escombros tristes, pero patéticos monumentos del furor de los partidos. Aún humean las hogueras en que se inmolaron a la patria las más brillantes fortunas; estos fragmentos no es fácil transformarlos repentinamente en campiñas doradas de espigas, ni en majestuosos bosques en que vegeten nuestras preciosas producciones: aún se resiste el arado a la endurecida tierra cubierta de malezas; aún desalienta las fatigas del agrónomo la falta de recompensa de su sudor; aún teme los asaltos del crimen, o deplora la crueldad de las estaciones. Ceres y Mercurio, hijos de la paz, no prodigan sus dones sino al extremo opuesto del globo en que el fiero Marte fija su asoladora planta.⁵⁰

El testimonio se refiere a la vida material, pero de su contenido pueden colegirse otros elementos vitales para comprender los entuertos

de la república en sus inicios. Así, por ejemplo, la falta de "espíritu público" abordada por una de las fuentes, o la renuencia de numerosos sujetos a servir empleos gubernamentales, o la repugnancia que pudo suscitar la obligación de trabajar debido a una voluntad ajena, o el analfabetismo rampante que impide un servicio mínimo de la colectividad, o la posibilidad de entender el designio modernizador como un gigantesco estorbo en el pasar cotidiano. Reconstruir el estado de derecho destruido por la Guerra a Muerte, proponer unas costumbres respetuosas y pacíficas a unas muchedumbres habituadas a vivir a salto de mata, sin leyes ni instancias coherentes de policía, no sólo obliga a un enfrentamiento con los religiosos aclimatados durante la Colonia y con los hombres de armas nacidos en la pasada epopeya, sino también a toparse con una sociedad que no está dispuesta a ajustarse a una flamante disciplina. Especialmente cuando los disciplinadores observan el panorama desde la pobreza de sus alturas y sólo cuentan con el arma de sus palabras.

50. J.M. Pelgrón, *Alocución. Memoria de la Sociedad Económica de Amigos del País*, Caracas, 27 diciembre de 1831. *Sociedad Económica de Amigos del País. Memorias y estudios*, Caracas, Ediciones del Banco Central de Venezuela, 1958, t. I, p. 47.